

## LA ARTESANÍA POPULAR TRADICIONAL CUBANA: DEL LEGADO ABORIGEN AL UTILLAJE MAMBÍ.

Ismael Sarmiento Ramírez (Centro de Investigaciones de la Cultura Cubana «Juan Marinello». Ministerio de Cultura de Cuba).

El tema que nos ocupa «La artesanía popular tradicional cubana: del legado aborígen al utillaje mambí», se ha extraído de un estudio más general que abarca aspectos de la historia de la artesanía cubana. En sí, es el resultado de una parte de la documentación revisada en torno a **La vida cotidiana en la Cuba colonial** y también de las inquietudes que han despertado en mí los diversos informes presentados por mis colegas en diferentes coloquios convocados al respecto.

Las actuales investigaciones dedicadas al estudio del desarrollo artesanal cubano carecen en su mayoría de una fundamentación histórica que ayude a comprender la evolución y el comportamiento presente de esta manifestación de la cultura material. La historiografía consultada sobre el tema es pobre; nos ofrece un mínimo de materiales y se concentra solamente en los aspectos descriptivos de los modelos artesanales; y aunque en los últimos años se haya avanzado en este sentido ha habido cierto distanciamiento entre las informaciones que contienen las fuentes históricas y el trabajo de búsqueda que han venido desarrollando los especialistas dedicados al asunto. En la mayor parte de los casos se ha tratado de revitalizar la forma de creación artesanal a partir del resultado de extensos trabajos de campo orientados en todo el país, aplicando metodologías que han sido factible en otras áreas geográficas y utilizando las descripciones de los exponentes más característicos de la artesanía popular tradicional cubana, casi siempre en un plano actual.

Estas limitaciones han impedido a los entendidos en el estudio de la artesanía cubana caracterizar los distintos períodos en que evoluciona la misma, de acuerdo con el proceso histórico donde surge y se desarrolla. Por lo general, al hablarse de artesanía, se obvia el fundamento histórico concreto que dio origen a esta manifestación; y aún más, en una artesanía como la producida en Cuba, donde, casi siempre, los valores utilitarios estarán por encima de los valores artísticos y donde, además, lo popular y tradicional de esta artesanía hay que encontrarlo en la población rural de regiones muy específicas o en pueblos donde predomina de forma mantenida esa tradición.

Así mismo he de destacar, -y prefiero hacerlo desde estas primeras páginas-, que la ausencia de este requerimiento metodológico en el estudio de la artesanía cubana, aunque nos prive del buen conocimiento de su evolución histórica, no impide que las producciones artesanales en su conjunto sea reconocida y estimada fuera de su radio de acción y hasta del ámbito nacional. Las artesanías en Cuba poseen peculiaridades que las diferencian del resto de los países latinoamericanos, no solo en la tipología de los productos y que en nuestro país no poseen esa importante presencia de la tradición organizada por la producción, al no existir ese predominio del trabajo de comunidades y pueblos dedicados enteramente a la creación artesanal.

Desde hace más de veinte años un equipo de investigadores cubanos viene trabajando en un **Atlas Etnográfico**, orientado por la Academia de Ciencias de Cuba, donde ha correspondido al Centro de Investigaciones de la Cultura Cubana «Juan Marinello», del Ministerio de Cultura de Cuba, desarrollar el tema de la cultura popular tradicional, que incluye: las fiestas, la artesanía, la música, la danza y la literatura de transmisión oral. Entre los objetivos trazados con este proyecto destacamos, el de conocer el universo de cada una de las manifestaciones estudiadas y su ubicación geográfica, la elaboración de un registro cartográfico de los temas investigados, el conocimiento y estudio de las costumbres vigentes entre la población y la conservación y rescate de los elementos más positivos de la cultura popular tradicional cubana.

En esta obra, finalmente concluida y en espera de ser publicada, se sintetizan los principales resultados obtenidos mediante el trabajo de investigación etnohistórico, llevado a cabo en todo el territorio nacional. A partir del procesamiento de miles de datos han sido posible definir rasgos formales, funcionales y materiales de los diferentes géneros artesanales que tipifican, tanto a la artesanía popular que se vincula a determinadas formas de producción y uso de materiales, con fines utilitarios, como aquellos que son el resultado de los cultos religiosos populares y que incluyen diversos objetos ceremoniales de los que se ha dado en llamar la artesanía ritual. A través de estos resultados se ha permitido el rescate y revitalización

de múltiples tradiciones culturales en el país y la conformación de un importante banco de datos, disponible a ser consultados<sup>1</sup>.

Entendemos, en este sentido, que parte de los trabajos que se recogen en el *Atlas Etnográfico de Cuba*, también adolecen, como ya hemos expresado, del manejo de insuficientes fuentes históricas. Los antecedentes que explican la tradicionalidad y la popularidad de ciertas artesanías en comunidades estudiadas, pocas veces nos remiten a las fuentes históricas como herramientas de trabajo de primer orden. Se concentran, por lo general, en las aportaciones testimoniales de los informantes y en la información que nos ofrecen los propios exponentes de la artesanía.

Por otra parte, ya refiriéndonos a la estructura orgánica de este estudio, primero advertimos las dificultades que hemos presentado con la bibliografía especializada, para luego introducirnos en un conjunto de valoraciones, que parten, desde un acercamiento al concepto de artesanía, hasta una síntesis genealógica del artesanado cubano. Se dedica un espacio al legado aborigen y al desarrollo artesanal durante los siglos de dominación española, para luego centrar especial atención en la artesanía producida durante el período de la Guerra de Independencia de Cuba (1868-1898), en *La Artesanía Mambisa*; por lo que ésta ha significado como aportación a la identidad cultural cubana y por la vigencia de su creación en estos tiempos de escasez por los que transita el pueblo cubano.

En este aspecto, el desarrollo de las manifestaciones culturales durante el período de la Guerra de Independencia de Cuba, muy pocas veces ha sido tratado en la amplia producción historiográfica cubana-española y con especificidad, el tema de la vida cotidiana durante esta etapa ha sido casi nulo a la hora de ofrecer valoraciones de los cambios sociales sucedidos a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Es en esta última observación donde se siente la ausencia de este estudio; justamente, dentro del análisis evolutivo de las manifestaciones de la cultura material y espiritual cubana, en período de primerísima importancia en la formación y consolidación de la identidad cultural cubana, como fueron los 30 años que duró la Guerra de Independencia contra el colonialismo español.

De los antecedentes del tema, fue José Martí, nuestro Héroe Nacional, quien inició en el periódico *Patria*, editado en Nueva York, esta paciente labor de recopilar aspectos de la vida cotidiana del pueblo cubano, al narrar anécdotas de los veteranos de la Guerra de los Diez Años; labor que luego continuó en sus apuntes sobre la vida del mambí en la manigua y en las descripciones de lo cotidiano en los campos de Cuba Libre, aparecidas de forma inigualable en las páginas del *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*.<sup>2</sup>

Para el desarrollo de este estudio los instrumentos de investigación fundamentales han sido las fuentes documentales (informes, parte de operaciones, circulares, cartas, etc.) y la bibliográfica, escogido de los diversos diarios de campaña, relatos, episodios, anotaciones hechas por los insurrectos cubanos, memorias escritas por españoles y las impresiones de viajeros extranjeros, de donde obtuvimos una visión más general para encausar el problema.

También nos ha sido válido observar las diferentes colecciones de piezas artesanales, que con la misma clasificación de «Artesanía Mambisa», se exhiben en diferentes museos de España y Cuba<sup>3</sup>, además de la revisión de sus respectivas fichas técnicas con la debida valoración formal y conceptual de las piezas. Se ha respetado, en todos los casos la terminología mambisa para la denominación de los objetos; por lo que se ofrece un glosario, inserto en las notas, con las palabras más comunes del vocablo insurrecto al respecto, más la introducción de un inventario de las principales piezas existentes en los ya citados museos.

Así mismo advertimos que nos ha costado trabajo agrupar, por lo disperso en la bibliografía, toda la manufactura que a manos de los cubanos se realizaron en la manigua. Tratamos en el mayor de los casos, registrar los objetos que ejemplifican de forma general la vida del mambí en el curso de la guerra a través de la indumentaria y reseñas de costumbres.

---

<sup>1</sup>Para más información dirigirse a: Sección de Informaciones Culturales. Centro de Investigaciones de la Cultura Cubana «Juan Marinello», Ministerio de Cultura de Cuba, cito en: Avenida de Independencia, nº. 63, entre Bruzón y Lugareño, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba.

<sup>2</sup>Martí Pérez, José: *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 17, p. 210-237.

## I.- La artesanía popular tradicional cubana.

### a) Consideraciones en torno al concepto de artesanía.

La artesanía, aunque frecuentemente se le imprime el sello de tradicional para referirse a la antigüedad de la misma y a su supervivencia por medio de las propias leyes internas (económicas, culturales, psicológicas) que rigen la tradición, su concepto está indisolublemente ligado a la revolución industrial en los países europeos y no es tan antiguo como comúnmente se piensa.

Observaciones del doctor Limón Delgado, Director del Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla, al citar a Cobarrubias, refieren que dicho autor no registra esta voz en la primera mitad del siglo XVII...*sino que indica de pasada en otra voz que «artesanos» es el nombre que reciben en el reino de Valencia «los oficiales mecánicos que ganan de comer por sus manos».*

En 1726 el Diccionario de Autoridades recoge este vocablo, llamando así a cualquier

*oficial mecánico que gana de comer con el trabajo de sus manos», especificando que así es como se llama a los menestrales en Aragón y Valencia por influencia toscana. No registra, sin embargo, la voz artesanía. Las ediciones actuales del Diccionario de la Real Academia recogen bajo la voz «artesano» el antiguo concepto del de Autoridades, pero añade: «Modernamente se distingue con este nombre al que hace por su cuenta objetos de uso doméstico imprimiéndoles un sello personal, a diferencia del obrero fabril». Este añadido, sin que entremos ahora a comentarlo, nos indica que el término artesano no se distinguió nunca del de obrero manual y que desde comienzos del siglo XVII, por lo menos, aparece una variedad regional de lo que en Castilla se llamaban «menestrales de mano». Comienza a diferenciarse el «artesano» de los obreros de las fábricas cuando se afianza en los países europeos la revolución industrial y en España, dado el retardo con que se produjo este fenómeno, no pudo afianzarse esta diferencia hasta los primeros decenios del siglo XIX».*

Las valoraciones del Doctor Limón Delgado, citadas por el investigador cubano Dennis Morenos, en la Revista *Signos*<sup>5</sup>, dotan a la actividad artesanal de un rasgo mucho mayor, que rompe los anteriores esquemas y criterios obsoletos que encasillan el fenómeno entre estériles coordenadas.

Para Limón Delgado es artesanía *...desde saber hacer migas hasta construir almares de paja...* Criterio que difiere de la definición que anota el Diccionario de la Real Academia, según la cual la artesanía sólo produce «objetos de uso doméstico»; para este investigador *no es así, sino que gran parte de la actividad artesanal actual termina en productos de consumo alimenticio o de otros tipos y no siempre se limita su producción al marco de la casa, sino que se halla presente en los sectores más variados de cualquier ambiente social*<sup>6</sup>. Estos hechos -compara Dennis Moreno- se repiten de igual manera en Cuba donde lo mismo se talla un yunque para uncir bueyes que se teje una canasta para recoger café, se elabora una comida típica o se confeccionan trabajos de plaza para diversión popular durante los festejos de las tradicionales parrandas de las provincias centrales del país<sup>7</sup>.

Algunos estudiosos de la artesanía popular tradicional a los efectos de su conocimiento, estudio, análisis y valoración han tratado de establecer artificialmente las diferenciaciones entre una y otra forma

---

<sup>5</sup>Entre los principales museos que exhiben piezas de la artesanía creada por el mambí durante el la Guerra de Independencia de Cuba destacamos, en Cuba: Museo «Emilio Bacardí», de Santiago de Cuba, «Ignacio Agramonte», de Camagüey, «Fuerte Matachín», Baracoa, Soledad de Tf-Arriba, La Maya, Museo de Cárdenas, Parque Histórico-Militar El Morro-La Cabaña y Museo de la Ciudad, estos últimos en la ciudad de La Habana; en España: Museo Nacional del Ejército, en Madrid, Museo Militar de Montjuich, Barcelona, Museo Militar Regional Castillo de «San Carlos», Palma de Mallorca y Museo Militar Regional de La Coruña.

<sup>6</sup>Limón Delgado, Antonio: *La artesanía rural*. Editora Nacional, Madrid, España, 1985, p. 13-14.

<sup>7</sup>Moreno, Dennis: «La artesanía Popular tradicional cubana», en Revista *Signos*, Julio-Diciembre de 1989, p. 53-83.

<sup>8</sup>Limón Delgado: Op. cit. p. 17-18.

<sup>9</sup>Moreno, Dennis: Op. cit. p. 55.

de producción artesanal. De esta manera encontramos definiciones tales como «artesánías folklóricas no artísticas», «artesánías de proyección folklóricas» o «manufacturas», entre muchas otras<sup>8</sup>. La artesanía es una sola como concepto genérico y como parte de la actividad cultural y al margen de su contenido artístico, *aunque a los efectos de su conocimiento, estudio y análisis se requiera del establecimiento taxonómico indispensable para agruparla de acuerdo a los materiales y técnicas empleadas, sus funciones, los períodos históricos donde surge y se desarrollan sus valores (utilitarios, artísticos, o ambos a la vez), las peculiaridades que le son inherentes y que en ocasiones, al reiterarse a través del tiempo y el espacio, le imprimen el sello de lo tradicional, de lo particularmente local (regional o nacional)*<sup>9</sup>.

En los diferentes coloquios, organizados como parte de las actividades de las Ferias Internacionales de Artesanía de La Habana (FIART), han prevalecido criterios de reconocidos artesanos e investigadores latinoamericanos que aportan a la actual definición de artesanía.

En FIART'87 la ponencia *Uruguay: su artesanía. La Asociación Uruguaya de Artesanos*, presentada por el investigador Rey de los Santos, define a la artesanía como *aquella actividad humana de producción y transformación de la materia, realizada mediante un proceso en el cual la mano de obra constituye el factor predominante, dando por resultado un proceso individual*<sup>10</sup>. La ponencia *Programa Nacional de desarrollo de la Artesanía en Brasil*, de Ione Carvahilí, conceptualiza a la artesanía en calidad de *la actividad productiva realizada mediante un proceso manual y cuando hubiera empleo de maquinaria, la intervención personal deberá constituir un factor predominante, para la no descaracterización de la pieza*<sup>11</sup>.

Para la antropóloga mexicana María Esther Echeverría Zuno: *Hablar de artesanías remite irremediamente al ámbito de la cultura, que es el espejo en el que nos reconocemos como individuos. Nos remite, también, al ámbito del arte popular que, como expresión de un pueblo, nos trasmite su fisonomía física y espiritual. Expresión que con el más bello y elocuente lenguaje nos habla de sus raíces; de las características del medio físico del cual recibe los materiales necesarios para su elaboración, de sus usos y costumbres y hasta de los avatares de su historia.*

*En ese sentido, afirma María Esther, las artesanías no sólo valen por lo que sirven y cuestan, sino por lo que representan culturalmente. Se inserta dentro de un ámbito productivo más vasto que el de lo pintoresco, toda vez que en ella se manifiesta una concepción del mundo y de la vida misma de los artífices que las producen*<sup>12</sup>.

Los anteriores criterios, más otros emitidos en Ferias posteriores nos ayudan a corroborar la idea de que la artesanía es un fenómeno de naturaleza viva y dinámica, que expresa el presente con raíz y está abierta a la imaginación.

#### **b) La herencia aborígen en la artesanía cubana.**

En la actualidad los trabajos desarrollados por arqueólogos y etnólogos, nos brindan el análisis de un estudio científico de las culturas aborígenes y la propuesta de una reconstrucción histórica más acertada. Desafortunadamente, todo cuanto se ha dicho hasta el momento sobre los indocubanos se ha basado en estos estudios arqueológicos y en relatos de los conquistadores; [...] *la historia colonial escrita -citando los criterios del historiador cubano Manuel Moreno Fraginals, con los que estamos enteramente de acuerdo- comprende sólo cinco siglos, tiene fechas más o menos exactas, y refiere acciones y nombres de personas, aunque no incluye toda la sociedad cubana, sino que sigue considerando a los indios como objetos y no*

---

<sup>8</sup>Bremme de Santos, Ida. «Artesanía de Guatemala». En: *Actas del Primer Congreso Internacional de Folklorología en Panamá*. Instituto Nacional de Cultura. Dirección Nacional de Patrimonio Histórico. Guarare, Panamá, 1973.

<sup>9</sup>Moreno, Dennis: Op. cit. p. 58.

<sup>10</sup>De los Santos, Rey: *Uruguay: su artesanía, la Asociación Uruguaya de Artesanos*. Ponencia presentada en el Coloquio Feria Internacional de Artesanía (FIART'87), La Habana, 1987. p.7.

<sup>11</sup>Carvahilí, Ione: *Programa Nacional de desarrollo de la Artesanía en Brasil*. Ponencia presentada en el Coloquio Feria Internacional de Artesanía (FIART'87), La Habana, 1987. p. 3.

<sup>12</sup>Echeverría Zuno, María Esther: *Artesanía: Comercio y Turismo*. Ponencia presentada en el Coloquio Feria Internacional de Artesanía (FIART'91), La Habana, 1991.

como sujetos de estudio y a los conquistadores españoles y sus descendientes como la substancia propiamente histórica.<sup>13</sup>

Con las investigaciones arqueológicas se ha demostrado que la isla de Cuba se hallaba estrechamente vinculada con el Caribe y los territorios limítrofes. Los elementos aportados por el estudio de las diversas tradiciones en la elaboración de piedras talladas y pulimentadas, de conchas, de cerámicas, de huesos, etc., los sistemas específicos de explotación racional de los nichos arqueológicos de las culturas aborígenes y por otra parte nuevos descubrimientos relativos a la geografía, el clima, la flora, la fauna y los sucesivos cambios en el nivel del mar del área antillana han contribuido a dilucidar las vías seguidas para el poblamiento de Cuba en las distintas épocas.

La población aborígen cubana<sup>14</sup>, con una economía incipiente, que no sobrepasaba de un estadio neolítico en la de mayor alcance económico-social, se desarrollaba en viviendas construidas de material vegetal, alimentándose con raíces y tubérculos, del producto de la pesca y en ocasiones de la práctica cinegética; llegó a alcanzar conocimiento de la alfarería, la talla en madera y piedra, con la que satisfacía algunos de los problemas de la vida material y espiritual.

Por razones históricas y económicas muy definidas la artesanía tradicional cubana no alcanzó -salvo excepciones- un grado de desarrollo comparativo con otros países de iberoamérica, donde la diversidad etnocultural y los variados niveles de desarrollo económico, logrados por muchos de los grupos autóctonos antes de la llegada de los europeos, generó expresiones artesanales y artísticas altamente desarrolladas tanto desde el punto de vista teórico como estético.

En ciertos casos la tecnología indígena fue enriquecida al introducirse el conocimiento de otros materiales, instrumentos, equipos de trabajo y algunas técnicas desconocidas en América hasta ese momento, que dieron motivo a un interesante proceso de asimilación e intercambio, ya que los españoles también conocieron y asimilaron otras maneras de hacer desconocidas en el viejo continente.

El fundamento histórico concreto, más la riqueza y variedad de la artesanía de algunos países latinoamericanos nos permiten establecer diferencias muy marcadas entre unas y otras formas creativas de la tradición artesanal en el ámbito regional. Las artesanías en Cuba poseen peculiaridades propias que las diferencian del resto de los países del continente americano, no solo en la tipología de los productos, ya que en nuestro país -como hemos apuntado- no se da esa importante presencia de la tradición indígena que existe en otros pueblos, sino incluso en la propia forma en que se organiza la producción, al no existir ese predominio del trabajo de comunidades y pueblos dedicados enteramente a la creación artesanal.

Resulta lastimoso, dentro de los marcos de la creación artesanal en Cuba, notar la ausencia de una producción fuertemente marcada por la impronta de sus culturas aborígenes. Quedaron, para luego darle que hacer a los arqueólogos en sus excavaciones, un conjunto de bienes fabricados en madera, huesos, conchas, caracoles, piedras, cerámica y metales, que han permitido un mayor acercamiento a la forma de vida de los aborígenes cubanos. Hemos heredado un mundo material caracterizado por utensilios diversos que conforman, entre otros fondos, el patrimonio aportado por esta cultura.

---

<sup>13</sup>Moreno Fragnals, Manuel: *Cuba/España. España/Cuba. Historia Común*. Editorial Crítica, Barcelona, 1995, p. 24-25.

<sup>14</sup>Las corrientes migratorias fueron varias y se produjeron en etapas muy diversas y distanciadas. Los pobladores más tempranos, cazadores paleolíticos -protoarcaicos-, llegaron a Cuba aproximadamente hace 10 000 años, en el 8000 a.n.e., provenientes del territorio continental del norte.

Una segunda corriente migratoria se produjo hace casi 4 500 años y procedían de Venezuela, Nicaragua y Honduras. Sus integrantes se asentaron en la Ciénega de Zapata, la península de Guanahacabides y la Isla de la Juventud. Su estado de desarrollo se correspondía con el mesolítico temprano, dedicados a la pesca de plataforma, así como a la captura y recolección litoral.

A partir del 500 a.n.e., llegaron a Cuba tres tipos diferentes de pobladores, uno de ellos compuesto por comunidades mesolíticas -protoagricultores- tardías procedentes de la península de la Florida y del valle del Mississippi. Estas llegaron a los bajos fondos de la bahía de Santa Clara, se asentaron en diversos lugares de la costa norte de Matanzas y desde allí se extendieron hacia el este y el oeste.

El otro grupo estaba integrado por comunidades neolíticas -agricultores-ceramistas- del tronco étnico aruaco que, procedentes de la isla La Española, se asentaron en la región oriental, especialmente en Banes, en el siglo VI de nuestra era.

Siglos más tarde, en la primera década del siglo XV d.n.e., otros grupos neolíticos, oriundo del mismo tronco aruaco y procedente de la misma área, arribaron a la región de Maisí, en el extremo más oriental de Cuba. Su desarrollo económico-social fue truncado por la llegada de los europeos.

Del trabajo en madera se han localizado restos de cazuelas hechas en *guayacán*<sup>15</sup> y bastoncillos ornamentados con círculos pirograbados. En hueso tallaron, entre otros objetos, una bellísima *espátula vómitas*, como hoy se le llama porque eran unas paletas que se introducían en las gargantas para provocar vómitos, como un elemento más del ritual.

Con las conchas marinas fabricaron más de cuarenta artefactos o herramientas distintas: instrumentos productivos, objetos religiosos y ornamentales e instrumentos musicales, y también las emplearon para incrustaciones en madera. Llegaron a acumular, en el transcurso de los siglos, grandes conchales que aún subsisten. Uno de ellos tiene 6 metros de alto y un diámetro de 50 a 60 metros.

Se han encontrado numerosos instrumentos de trabajo, lanzas, dardos, cuchillos, picos de mano, gubias y especialmente hachas petaloideas, que constituyen un salto cualitativo en la tecnología de la producción primitiva en la etapa de las comunidades neolíticas.

Dentro de sus preciosos instrumentos de piedra, se consevan hachas que posiblemente fueran utilizadas para talar árboles y tallar madera, muy semejantes a las empleadas hasta fecha reciente por ciertas comunidades del Amazonas-Orinoco. Construyeron pequeños morteros y unos instrumentos de piedra llamados por los arqueólogos *dagas líticas* y *esferolitas*, para un uso por nosotros desconocido<sup>16</sup>. Las comunidades tainas, a la llegada de los conquistadores/colonizadores europeos, dominaban las técnicas del trabajo de la piedra, desde las lascas de sílex a la talla de ídolos con excelente acabado. Algunos de estos ídolos son muy pequeños y posiblemente servían de ornamento personal con significación religiosa; otros, como el llamado ídolo de Bayamo, pesa unos 20 kilogramos<sup>17</sup>.

Apuntes de los cronistas y hallazgos arqueológicos muestran otros objetos asociados con la vida cotidiana o con aspectos ceremoniales de esta, entre los que destacamos a los *dujos*, especies de asientos de madera bajos, con figuras zoomórficas, labrados y con incrustaciones de conchas y laminillas de guanín<sup>18</sup>; bandejas con laboriosas decoraciones talladas y diversos recipientes, que además del carácter utilitario pudieron tener algún contenido ceremonial.

En las culturas indocubanas la religión es una actividad estrechamente unida a los trabajos productivos: magia y religión son estructuras espirituales integradas en el quehacer cotidiano. Los diseños, puntadas, incisiones, rasgos geométricos o naturalistas de los objetos que moldeaban, debieron tener significados simbólicos y propósito mágicos. Con ellos se pedía la caída o el cese de las lluvias, el crecimiento de las plantas, la abundancia de pesca o caza, se ahuyentaban los espíritus malignos o se obtenía la protección de los benignos. Por eso la alfarería, aunque se desarrollase con la finalidad práctica de crear vasijas y otros objetos, supuso una extraordinaria transformación en los patrones de vida de las comunidades protoagrícolas.

Mientras la herencia cultural latinoamericana conservó al indio como fuente productora fundamental de su producción artesanal, en Cuba poco es lo que ha trascendido de estos primigenios habitantes, ya que el ímpetu colonizador cortó de forma violenta y desgarradora el desarrollo natural de sus culturas. Los indocubanos, como ya hemos apuntado, estuvieron destinados a una semiextinción acelerada, propiciada por los efectos del choque cultural que le infligió la presencia española, lo que determinó profundas mutaciones culturales.

La obsesiva búsqueda y explotación aurífera que caracterizó los primeros años de la colonización, la extracción de cobre para construir cañones destinados a las primeras fortalezas del Caribe español y las labores agrícolas de subsistencia a las que fueron sometidos los indios, requirieron de una intensidad en el trabajo para la que no estaban preparados. Estas comunidades, en las primeras décadas de la historia

---

<sup>15</sup>Voz india. Árbol de la familia de las cigofiláceas, de madera muy dura. Esteban Pichardo en el diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas, nos dice: ...uno de los que en medicina componen la tisana de los Cuatro-leños. Se llama también *Palo-Santo*. Por su dureza sirve de término de comparación familiarmente. Se distingue el *Guayacan Blanco*, de madera dura y compacta. El *Guayacan Negro* es de madera dura y vídriosa, color pardo oscuro y con vetas claras.

<sup>16</sup>Moreno Fragnals, Manuel: opus cit., p. 19.

<sup>17</sup>Ibid., p. 22.

<sup>18</sup>Era un oro de baja ley obtenidos por los indios y se fabricaba machacando las láminas de oro en aleación con otros materiales. Adornos destinados al uso de los caciques y personas principales.

colonial cubana, -al resumir Fraginals- desaparecieron como sociedades, ahogadas biológica y culturalmente por nuevas invasiones, esta vez procedentes de Europa y África<sup>19</sup>.

*...los indios cubanos enfrentaron dos oleadas de agentes patógenos: las enfermedades que portaban los conquistadores blancos y sus animales, y las de los africanos que casi desde el primer momento de la conquista llegaron a Cuba. Kenneth F. Kiple, en una cabal y dolorosa imagen, señala que estos indios se convirtieron «en víctimas indefensas de una guerra biológica que les ataca por dos frentes: el europeo y el africano». Indudablemente fue un ataque no deliberado, aunque de manera absurda se haya acusado a los españoles de genocidio. Sobre los indios cayeron de manera sucesiva y, a veces, simultánea, el sarampión, la varicela, la viruela, la tos ferina, las paperas, y sus cohortes de enfermedades europeas, acompañadas de los agentes patógenos del paludismo falciparo o malaria maligna, la fiebre amarilla y otros morbos africanos<sup>20</sup>.*

Entre 60 000 y 500 000 individuos, es el número que oscila en los cálculos sobre la población indígena existente en la isla al momento de la conquista. Si contrastamos este número con las cifras aportadas por el obispo fray Diego Sarmiento y Castilla en 1544<sup>21</sup> -que se reduce a 893 aborígenes en los poblados españoles-, comprendemos el grado de exterminio a que fue sometida la población indígena, en aproximadamente 34 años. Un año después -anota Fraginals sin consignar cifras- sólo quedaban unos pequeños grupos de indios asentados en las villas o concentrados en reducciones<sup>22</sup>. Pero a pesar de la brutal incidencia de la mortalidad y la dureza del trabajo a que fueron sometidos, los aborígenes cubanos no desaparecieron totalmente. A partir de los datos suministrados por el obispo fray Juan de la Cabezas Altamirano, se estima que a principios del siglo XVII existían en Cuba 1 027 indios, de un total de 12 707 habitantes<sup>23</sup>; aunque no se determina cuántos de estos indios eran naturales de Cuba o descendientes directos de los pobladores originales porque, en la medida que se fue produciendo la catástrofe demográfica, se fueron organizando caceras de indígenas en otras islas y aun en Tierra Firme, para suplir la endémica falta de mano de obra en Cuba.

*...los indocubanos, que según la historia tradicional estarían casi extintos cuando finalizaba el Quinientos, se mantendrían como elemento demográfico, vivos y activos, en número apreciable en el Seiscientos, particularmente en las cercanías de Santiago de Cuba, Bayamo y La Habana. Declarados libres en 1552, se les concentró en Guanabacoa, pueblo de indios y se les asignarían tierras de cultivo. Además para su monterías de ganado, fue señalado el mayor hato de Occidente, el de Río Bayamo, mercedado por el Cabildo habanero, en el corazón de la más tarde provincia de La Habana y confirmado por R.C. de 1632. Este enorme latifundio, con el paso de los años fue fragmentado y apropiado no siempre en justicia, por la oligarquía habanera, en diferentes momentos. Su área original la constituían 3.089 caballerías de tierra<sup>24</sup>.*

Informaciones recogidas en las Actas Capitulares del Cabildo de La Habana, los estudios realizados por varios historiadores al respecto y piezas de cierto valor encontradas en zonas de Guanabacoa, dan fe

---

<sup>19</sup>Moreno Fraginals, Manuel: opus cit., p. 24.

<sup>20</sup>Ibid., p. 32.

<sup>21</sup>Luis Torres y otros (editores): Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Océania, sacado de los archivos del Reino y muy especialmente de Indias. Imprenta de I. M. Pérez, 42 vol., Madrid (1864-1884), Segunda Serie, t. V, leg. I, p. XV.

<sup>22</sup>Moreno Fragonal, Manuel: opus cit., p. 57.

<sup>23</sup>Ibid.

<sup>24</sup>Marrero, Leví: Cuba: Isla Abierta. Poblamiento y apellidos (Siglos XVI-XIX). Ediciones CAPIRO, Puerto Rico, 1995, p. 34.

de la existencia hasta el siglo XVII, de una comunidad indígena activa, que no sólo producía casabe -el pan del pobre cubano- sino que desempeñaba numerosos y distintos trabajos contratados por los habaneros, donde predominaba la tradición ceramista de éstos grupos étnicos, según lo atestiguan las escrituras firmadas ante los inevitables escribanos del período.

*En 1608 el Obispo Cabezas calificaba la villa de Guanabacoa, fundada en el siglo anterior, como «pueblecillo de indios que son los que hacen la vela y están ya medio españolizados.» La vela se realizaba en El Morro habanero; eran así los guardianes nocturnos de la ciudad dormida, siempre temerosa de ser sorprendidos por los enemigos de España. El informe ratifica la presencia de indios, predominantes en Baracoa (Oriente) y eran también existentes en Bayamo y Puerto Príncipe<sup>25</sup>.*

También carta del procurador Gobernador, don Juan Bitrián de Viamonte, remitida al rey con fecha 18 de enero de 1631, exponía la situación de los indios de Guanabacoa:

*A una legua de esta ciudad está la villa de Guanabacoa, poblada de indios naturales descendientes de los antiguos de esta Isla, los cuales están tan pobres y miserables con la mala vecindad que les han hecho y hacen los vecinos desta ciudad que como poderosos se han entrado en el término de aquella villa con la mano que han tenido en el Cabildo, que les ha encomendado las tierras de los la villa que casi no les han dejado caminos para salir de ellas, ni tienen monte para cortar leña, adonde tanta abundancia de ella hay, ni aún tierra para poder hacer ollas y cántaros que es el oficio de algunos della<sup>26</sup>.*

Levis Marrero, retomando la bibliografía que citamos *Cuba: Isla Abierta...*, anota que Sánchez de Moya dio empleo, mediante paga, a muchos indios en las minas de El Cobre, dándoles las tareas de *cuadrilleros*, o sea encargados de capturar y regresar a los esclavos africanos que escapaban; y resalta, como un hecho enmarcado en lo más noble de nuestra historia de pueblo, que fueron dos indios cubanos Francisco y Juan de Hoyos (Joyos en la ortografía de la época), empleados por Sánchez de Moya, quienes acompañados por un negrito esclavo, Juan Moreno, quienes encontraron en la Bahía de Nipe, la imagen venerada de nuestra Patrona Nacional, la Virgen de la Caridad del Cobre.

Así mismo, para reafirmar, aun más, la presencia prolongada de los indocubanos a todo lo largo del siglo XVII y para evacuar las posibles dudas de quienes lo desconocen o insisten en desconocerlo, resume Leví Marrero otro conjunto de cifras que en sí corroboran los criterios antes expuesto:

*en 1682, en las inmediaciones de Santiago de Cuba, era fundado el pueblo de San Luis de los Caneis, el Caney actual, donde 30 vecinos indios quedaron establecidos. En esos años se reportaban comunidades indias inmediatas en Bayamo, en Santa Ana, Guanarules, Jiguaní Arriba, Los Quemados, Cautillo y El Sao. El padrón recogía la existencia de 261 vecinos indios, mientras otros 18 se negaron a empadronarse. Con jerarquía especial figuraba el alférez Juan Delgado, padre de cinco hijos. El total de los matrimonios ascendía a 47 y la media de hijos era 3.2 hijos por pareja, superior al resto de la población bayamesa libre, que era de 2,6. Los indocubanos sumaban el 10% de la población de Santiago de Cuba. Los indios supervivientes en estos años eran considerados blancos para los efectos legales<sup>27</sup>.*

---

<sup>25</sup>Ibid., p. 35.

<sup>26</sup>Archivo General de Indias (AGI). *Actas Capitulares del Cabildo*. Audiencia de Santo Domingo, Legajo No. 413. «Carta del procurador Gobernador, don Juan Bitrián de Viamontes, al rey (enero 18, 1631)».

<sup>27</sup>Marrero, Leví: opus cit., p. 35.

Ha predominado en el panorama cultural cubano, como primerísimo legado heredado del aborigen, el *bohío*<sup>28</sup>, la habitación que construían con yagua y guano de la alterosa palma real y que ha logrado convertirse, a través de los siglos, en la arquitectura más difundida de la clase humilde cubana; morada por excelencia del campesinado, barracones destinados a las dotaciones de esclavos y vivienda de los núcleos rebeldes, sublevados y refugiados en el espesor de los bosques y maniguas. No por gusto el término *bohío* es una cita obligada en cronistas, viajeros y diarios, al describir la forma de vida en los campos cubanos.

De igual modo, dentro del acervo culinario, ha trascendido la elaboración de *casabe*<sup>29</sup>, especie de torta circular que fue el alimento básico del taíno, su pan común; hecho a partir de la raíz de yuca agria, exprimida y eliminado el jugo venenoso de la planta (cianuro). *Este casabe taíno que hizo posible las expediciones a México en el siglo XVI, fue hasta el siglo XIX el pan cotidiano de la población pobre cubana, rural y urbana*<sup>30</sup>; y hoy, después de 500 años y más, y de forma simbólica antes la escasez material por la que transita el pueblo cubano, se revivifica este primitivo alimento y vuelve el casabe a suplir la necesidad del pan habitual para muchos habitantes del campo.

En la cerámica hemos heredado el uso de vasijas de diversos tamaños y formas. Uno de los objetos más característicos, que ha sido de utilidad cotidiana en diversas zonas rurales, es el *burén*, especie de disco de barro cocido en el que tostaban al fuego la masa de yuca rayada con el objeto de confeccionar el casabe.

El uso de las *jícaras* o *jigüeras*, obtenidas del fruto de la *güira*, lo debemos al legado aruaco. Este material servía también para fabricar platos y cucharas. En las jícaras tenemos a uno de los principales exponentes del legado indocubano, enriquecida por múltiples de formas creativas, que van desde la variada conformación de los diversos tipos de güiras y su posterior transformación en jícaras, hasta el contenido de la propia decoración y el concepto intrínseco que revelan los detalles.

Las jícaras han sido las vasijas más usadas por los habitantes del campo y tienen una importante esencia en la vida de esta población; su utilidad, salida del universo productor del campesino, se generalizó aún más en las guerras de Independencia, convirtiéndola, como veremos más adelante, en uno de los elementos más característicos de la artesanía creada por el soldado mambí en la manigua.

En menor medida que las jícaras, ha sobrevivido el tejido de fibras vegetales, que forman los más variados objetos: vestuario, *hamacas*, *esteras*, *catauros*<sup>31</sup>, *jibe* o cedazo tejido con guano y avíos de pesca, entre otras labores de cestería. El *totuto* o *guamo*, tipo de caracol cortado por la punta, se ha empleado desde entonces, por el sonido recio y triste que produce, como instrumento de viento para hacer música y también se ha destinado a medio de comunicación, de utilidad en tierradentro y de inestimable valor para los independentistas en la Guerra de los Diez Años.

Otras creaciones del legado cultural aborigen no han trascendido a la posteridad por sí solas; éstas se mezclaron con aportes de otras culturas actuantes y dieron, como resultado de esa fusión, ciertos productos que, engendrados y nutridos en un largo proceso de formación, han sido determinantes para definir y caracterizar la identidad cultural cubana, su inserción en el ámbito regional y su aportación a una identidad cultural más general: la iberoamericana.

Las anteriores reflexiones, enunciativas de la herencia aborigen, enmarcan la evolución de la población residual indocubana como entidad activa dentro de la vida socio-económica y cultural de la Cuba colonial, justificando la existencia, prolongación y pervivencia del legado cultural de nuestros primigenios habitantes.

---

<sup>28</sup>Según relatos de los cronistas existieron tres tipos de casas construidas con madera: los caneyes, formados por una armazón de varas unidas en la parte superior y cubierta con hojas de palmáceas en forma de campanas y de grandes dimensiones, los bohíos de forma rectangulares, destinados a caciques y hombres principales y otra construcción auxiliar nombrada barbacoa, destinada a almacenar alimentos y otros objetos.

<sup>29</sup>Aparece también como *casaba*, *cazabe* o *cazabí*.

<sup>30</sup>Marrero, Levi: opus cit., p. 12.

<sup>31</sup>Especie de caja o cajón rústico, hecho de yagua y un pequeño cuje de madera (vara corta, delgada y flexible) que le sirva de agarradera. Es el envase más usado en nuestros campos para el transporte de distintos productos, como: frutas, viandas, hortalizas, dulces, carne, etc...

Estos aportes de la cultura aborígen fueron, juntamente con otros elementos que veremos más adelante, los cimientos de algo que, desde su propio estado embrionario y tras un amplio proceso de integración, proporcionará los rasgos principales que caracterizarán la identidad cultural cubana.

A nuestro juicio, estas consideraciones constituyen el fundamento de una propuesta metodológica y las bases programáticas para el estudio de una identidad cultural con rasgos en común, ya sea regional, refiriéndonos al área del Caribe, o algo más general, extendiéndonos a toda Iberoamérica.

### **c) De la conquista/colonización y la esclavitud:**

Al decrecer la población aborígen y sus sobrevivientes no poder alcanzar una producción mínima en el trabajo, se inicia entonces una apertura hacia formas directas de esclavitud proveniente de la importación forzada de mano de obra. Serán los indios procedentes de otras islas, acusados de canibalismo, los primeros individuos traídos en estas condiciones; pero, al ser superior la demanda a la real existencia de fuerza supletoria la solución del problema se obtiene con la importación masiva de negros africanos<sup>32</sup>.

Las posteriores transformaciones socioeconómicas que se fueron dando en la isla, a lo largo de todo el período de formación de la sociedad criolla, propiciaron la incursión de la economía por diversos renglones productivos, imprimiéndole así un carácter multisectorial. Desde el principio, los recientes astilleros habaneros se dedicaron a la fabricación de navíos y al mantenimiento de los buques que llegaban al puerto, requiriendo del desarrollo de diversas manufacturas complementarias, para las que se nutrieron del trabajo de los artesanos y de la mano de obra esclava utilizada como peones.

Con la institucionalización del sistema de flotas (década de 1560) se inicia la construcción naval en gran escala en La Habana, y será la fabricación de navíos otro espacio donde se distingue el quehacer de los artesanos habaneros. La confección de jarcias, alquitrán y brea, tahonas, alfarerías, tasajeras, fábricas de velas de sebo, talleres de composición y fabricación de instrumentos náuticos, etc., fueron labores de primerísima calidad que caracterizaron y elevaron el prestigio de los artesanos habaneros ocupados en la fabricación de navíos. Ya en la primera mitad del siglo XVII se recomendaban los instrumentos náuticos producidos en la Habana -actividad que requería de verdaderos artífices- como los más exactos de la época.

En la construcción de navíos participaron carpinteros de ribera, carpinteros de lo blanco, calafates, herreros, faroleros, vidrieros, caldereteros, cerrajeros, toneleteros, escultores, pintores, etc. Estos artesanos, algunos de ellos auténticos artistas, no se limitaban a trabajar en la construcción naval, pues también se reservaban el derecho de atender los encargos de algunos particulares, realizando estos trabajos extras, a veces, dentro del propio astillero. Como la labor de carpintería de un buque es quizás, la más compleja y difícil de las obras en madera, el equipo de carpinteros capaces de construir un galeón estaba capacitado para hacer, al más alto nivel, cualquier tipo de casa, mueble, máquina (trapiches para ingenios azucareros, por ejemplo), carruajes, etc. Estos maestros mediante contratos de aprendizaje, estaban obligados a enseñar su oficio tanto a los esclavos del rey como a niños y jóvenes libres cuyas familias de manera particular conviniere con ellos la enseñanza. En este sentido el astillero fue una extraordinaria escuela formadora de un capital cultural al cual se debió la excepcional carpintería criolla de los siglos XVIII y XIX.

Por otra parte, al estar la actividad económica centrada en la edificación de fortalezas, o en la construcción de navíos, la vida de La Habana hasta finales del siglo XVI se desenvuelve como un gran cuartel. Se había enraizado la idea de la necesidad de las fortificaciones terrestre y se inició un plan sistemático de construcción de fortalezas, que significó, además, de la presencia ineludible de un personal especializado capaz de levantar las fortalezas.

Al ignorar los indígenas cubanos las técnicas de la construcción en piedra o ladrillo, fue preciso importar ingenieros, arquitectos, constructores, maestros de obra, canteros, picapedreros, labrantes, cinceladores, albañiles, alarifes, y, en fin, toda la serie de trabajadores experimentados en estas labores. Y,

---

<sup>32</sup>Los orígenes de la esclavitud negra en Cuba se remontan a los tiempos de la conquista de la isla. Hasta ahora, el documento más antiguo en que se hace clara alusión a la introducción de esclavos negros en la isla es la Carta de Relación de 1º de agosto de 1515 dirigida «a su Alteza» por el gobernador y oficiales de la isla Fernandina (Cuba); recogida por: Estrella E. Rey Betancourt: *España en los finales del siglo XV; la época de los descubrimientos*, (inédito) y que se cita en: *Historia de Cuba. La Colonia evolución socioeconómica y formación nacional desde los orígenes a 1867*. Instituto de Historia de Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p.92.

además, formar en Cuba nuevos especialistas y proceder a comprar esclavos para las obras reales. Con la construcción de fuertes ocurrió al igual que con los astilleros: la nueva actividad terminó siendo una excelente escuela de artesanos locales.

De los renglones más productivos, primero se reemplazó la explotación minera por la economía generalizada de la ganadería -línea casi única durante el siglo XVII-, para luego extender el cultivo de la caña de azúcar -uno de los productos tropicales más demandados-, el tabaco, el cacao y otros frutos de la tierra; lo que supone múltiples efectos en el modo de vida y en las relaciones socioculturales de la isla en evolución.

La difusión de la industria azucarera provocó significativos cambios en la estructura agraria inicial. Una de las mayores dificultades que afrontó la producción azucarera en su desarrollo naciente fue la escasez de fuerza de trabajo. Durante todo el siglo XVII entraron legalmente a la isla alrededor de 5 000 esclavos<sup>33</sup>, pero se desconoce la cifra de aquellos que arribaron a través del contrabando.

El arraigamiento definitivo de los antiguos conquistadores y sus descendientes y los millares de africanos introducidos como resultado de la proliferación de la trata, dan lugar a la formación de una sociedad que, a diferencia de la española, de su prototipo de dominación colonial, responde a sus propios elementos internos, por lo que se hace criolla y va a influir de forma determinante en la evolución que subsigue.

Ni las continuas epidemias que afectaron a la población, ni la escasez de agua potable en buenas condiciones, ni el aumento de la suciedad, los malos olores, las plagas de ratas e insectos que pululaban por todas partes, ni las calles llenas de gruesas capas de pestilente lodo, como en parte ha señalado Ramiro Guerra<sup>34</sup>, impidieron el crecimiento constante de la población y, no solo cuantitativo sino también cualitativo, de las construcciones a todo lo largo del siglo XVII. Este incremento no fue solo privilegio exclusivo de las villas, ya que se hizo extenso al área rural donde el hábitat disperso promovido por la ganadería empezó a ser sustituido paulatinamente por el que propiciaron las nuevas actividades económicas.

La colonización y la esclavitud trajeron además de la violencia y el desarraigo, la transculturación y la necesidad de satisfacer con la creación material y espiritual, los nuevos imperativos de la vida en esta tierra. La constitución de la sociedad criolla, formada como resultante de este proceso, incluye, a pesar de las marcadas diferencias, la presencia de las etnias existentes en la isla. Labradoros y artesanos, integrados también por negros horros, remanentes de indios, esclavos y un porcentaje de la población mestiza, hicieron partícipe a esta sociedad de elementos que a través de la música, las creencias y las costumbres son reflejos de una complicada evolución sincrética. Es así como dentro de la amplia gama de objetos producidos -hoy, algunos de ellos como muestras permanentes en museos nacionales y extranjeros- se observa tanto en su forma como en su función una preocupación mayor por la utilidad de las artesanías.

Veremos, ya entrando en el análisis de la producción artesanal, que, con el crecimiento de la ganadería y la economía de servicio que se venía desarrollando en las villas y ciudades comienzan a fomentarse otras posibilidades económicas, como alternativas a fortalecer otros renglones de la producción. La extracción del cuero no solo suponía un aumento de su exportación, sino que también propiciaba una industria artesanal paralela, dedicada a la elaboración de objetos de utilidad cotidiana: monturas, zapatos, carteras y otros bienes de usos domésticos que, con el sello al mejor acabado, eran confeccionados con carácter regional, supliendo en parte las necesidades locales y engrosando así las listas de ofertas y pedidos al cambio o ventas en el exterior.

Existen evidencias de que a todo lo largo de la isla y con mayor producción durante el siglo XVII, proliferan los trabajos de curtidería de cuero y las labores de confección en talabarterías y otros talleres, principalmente en los pueblos y capitales de las villas que lograron con más rapidez el reemplazamiento de la economía minera por la ganadera. Así vemos como en La Habana, Sancti Spiritu, Puerto Príncipe, Bayamo y Santiago de Cuba, además de propiciarse este cambio, se iniciaba también un comercio paralelo a partir de los derivados del ganado vacuno.

<sup>33</sup>Levi Marrero: *Cuba: economía y sociedad*. Editorial Playar, Madrid, 1978, t.3, p.40.

<sup>34</sup>Ramiro Guerra Sánchez, José M. Pérez Cabrera y otros: *Historia de la nación cubana*. Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1962, t.1, p.326.

En especial en La Habana el desarrollo de los artesanos va a dar un carácter fundamental a las capas medias. La pujanza de ésta se demuestra en la designación por el cabildo, a partir de la década de 1620, de alcaldes examinadores de oficios como los de calderero, herrero, sombrerero, cerrajero, confitero, tonelero, sastre y zapatero, y jueces de oficios de la mayor complejidad, como los de maestros de escuela, cirujano y platero.

Cada uno de estos oficios estaba constituido en una cofradía que integraba a los maestros, los oficiales y los aprendices. Esto permitía organizar el trabajo bajo el amparo de las instituciones religiosas, en un mundo en el que la Iglesia era la fuerza social e ideológica predominante. Los carpinteros, por ejemplo, tenían su cofradía en el convento de San Francisco, y los zapateros en la Parroquial Mayor, bajo la advocación de San Crispín y San Cipriano.

En la sociedad cubana del siglo XVIII seguirá perviviendo, aún con más fuerza, el régimen de autoabastecimiento local, sobre todo en el Departamento Oriental, donde se hizo notorio el retraso y la desigualdad en el fomento económico respecto a la capital.

También durante mucho tiempo las regiones marginadas del impulso comercial en occidente sobrevivirán de una economía subsistencial casi natural. Se dependía, en la mayor parte de los casos, de la obtención de las materia primas que se extraían del propio entorno natural, transformándolas, por medio del trabajo familiar, para su uso y consumo en bienes útiles.

La población rural se vio obligada con frecuencia a cubrir parte de sus requerimientos alimenticios, de ropa y menaje con los productos que brindaba el entorno. Cirilo Villaverde, en su famosa *Excursión a Vueltaabajo* relata como, en una fecha tan tardía como la tercera década del siglo XIX, y en zonas cercanas a La Habana, el campesino utilizaba la palma real, las güiras y las pieles mal curtidas del cerdo o la vaca para confeccionar su vivienda y una parte importante de su ajuar doméstico, lo que seguramente no era una situación excepcional, como no lo fue hasta el siglo XX, pues aún entonces el bohío, los taburetes y otros enseres reflejan las miserables condiciones de vida de esta población rural.

En La Habana, centro del gobierno y de las principales actividades comerciales es donde se concentrará el máximo de riqueza. Hay un crecimiento de los núcleos urbanos, lo que se traduce en un aumento de los oficios artesanos, como se refleja en solicitudes de presentaciones de licencias en la Escribanía Mayor de Gobierno. Un artículo del Bando de Buen Gobierno, del capitán general Antonio María Bucarely, emitido en 1766<sup>36</sup> y que cita la historiadora cubana Olga Portuondo Zúñiga<sup>36</sup>, recoge, entre los nombrados oficios «mecánicos» en aquella época a: Panaderos, Plateros, Sastres, Herreros, Carpinteros de lo blanco, Talabarteros, Espaderos, Albañiles, Farorelos, Torneros, Zapateros y otros.

El siglo XIX, a pesar de los avances tecnológicos introducidos en Cuba que suponen una disminución del trabajo artesanal y manufacturero, es un período que proporciona un notable crecimiento en el sector artesanal. El aumento gradual de la población total de la isla y con ésta el desempleo masivo, durante una época del año, del personal destinado al cultivo y producción de azúcar, entre otros factores, propicia un desarrollo artesanal de sobrevivencia a los habitantes de la zona rural; en el campo existe una cultura material y espiritual que mantiene en activo la interpelación de los diferentes elementos de la multicultura popular. Las fiestas campesinas generaron un peculiar hábitat social y en ellas las artesanías rurales cumplían, además de la función utilitaria para las que eran creadas un función artística. Será en la zona rural, como veremos más adelante, donde se conserven en la forma de vida del campesino, los diferentes modelos artesanales que perdurarán en nuestra cultura, como rasgos propios de nuestra propia identidad. Así mismo, en la producción artesanal predominarán elementos de la tradición criolla como idea de la propia valoración de la cultura cubana, transformados y adaptados a los cambios culturales que se han operado a mediados del siglo XIX; donde, como en las restantes manifestaciones de la vida material y espiritual, el tradicional apego a la tierra es un sentimiento patriótico generalizado.

---

<sup>36</sup>Biblioteca Nacional «José Martí»: Sala Cubana. C.082.2 Mis F V 159 No.45. «Bando de Buen Gobierno de Fr.D. Antonio María Bucarely y Ursula, Habana, 7 de abril de 1766».

<sup>36</sup>Olga Portuondo Zúñiga: «La Consolidación de la sociedad criolla (1700-1765)», en: *Historia de Cuba*, ob. cit. p. 192.

Fuentes de los Cuadros estadísticos de 1846 y 1862 referentes a la distribución de la población en actividades económicas<sup>37</sup>, aportan las siguientes cifras de la Artesanía y Manufactura:

**Distribución de la población por sectores económicos 1846-1862**

SECTORES	1846			1862		
	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
- Agricultura, pesca y minería	88 989		88 989	210 764		210 764
- Artesanías y Manufacturas	25 600	26 827	52 427	42 897	31 934	74 831
- Comercio	19 598	296	19 894	32 668		32 668
- Resto de Sectores*	32 226	12 627	44 853	52 966	19 056	72 022
<b>TOTAL</b>	<b>166 413</b>	<b>39 750</b>	<b>206 163</b>	<b>399 295</b>	<b>50 990</b>	<b>390 285</b>

Fuente: Cuadro Estadístico de 1846-1862, en *Historia de Cuba*, ob. cit., p. 475.

Aunque en ambas fechas se registran solo las personas blancas y de color libres, sin aclarar si estas poseen empleo remunerado o no, se puede deducir, por análisis de la misma fuente, que el número real de artesanos y manufactureros fue más elevado que el aportado por la fuente estadística de la época.

Si excluimos de la presente valoración al sector más nutrido, constituidos por la agricultura, pesca y minería, nuestro grupo objeto de análisis sería el más representativo; seguido por los comerciantes, que en el año 1846 contaban con 19 598 individuos, elevándose, en 1862, a la suma de 32 668, representando en este último año un 8,3 por cien de la población sectorizada.

El total de la población en actividades económicas para los años 1846 y 1862 era de 206 163 y 390 285 personas, con un tanto por cien de 25,5 y 19,2 artesanos y manufactureros respectivamente; como podemos ver, el porcentaje ha disminuido, aún cuando ha habido un incremento de 22 404 individuos en este sector.

A pesar del elevado número de artesanos y manufactureros los productos artesanales tenían muy poco precio. En Remedios los cueros curtidos llegaron a valer un peso. La elaboración del queso, de los dulces en conserva, de los muebles, tan prometedoras en ciertos momentos, no pasaron nunca de la actividad auxiliar o del mínimo nivel artesanal. Por el contrario, entre 1827 y 1846, la elaboración de cazabe mostraba un crecimiento que supera el aumento demográfico, aunque en sentido general el empleo artesanal o industrial era muy limitado.

Notable ha sido la diferencia de la labor artesanal desarrollada en las ciudades y pueblos y la producción de objetos artesanales en zonas rurales. Entre los campesinos poco existió la especialización en labores de talleres y en raros casos encontramos referencias a grupos con reconocimiento oficial de mayor trascendencia. Existe una amplia documentación que relaciona la fabricación de instrumentos de trabajo, de diversos materiales y de confección de objetos, a partir del curtido de la piel de res, que aportan al estudio de la historia de la artesanía rural cubana el empleo de variadas tipologías artesanales en las diferentes etapas en que se desarrolla.

La artesanía campesina cubana, en el mayor de los casos, ha sido y es, una artesanía utilitaria, prácticamente de subsistencia, que cubre las necesidades del momento y que requiere de muy poca especialización por parte de los laborantes. Su transmisión se debe básicamente a la tradición familiar y al aprendizaje forzado que impone la propia necesidad de escasez de bienes materiales imprescindibles para vivir. Los modelos artesanales, en general, poseen muy poca diferencia entre si; una misma pieza

<sup>37</sup> La agrupación por sectores, de donde se han extraído estas cifras, están confeccionadas partiendo de las características de los empleos u oficios y su pertenencia a la actividad económica o social de que se trate, ya que los cuadros no ofrecen una agrupación por industria.

\*En Resto de Sectores se han agrupado a: Construcción (9 552), Transporte (11 703), Educación (537), Cultura Y arte (1 050), Salud (1 002), Administración (5 687), Servicios comunales y personal (20 770) y población sin ocupación fija (21 741).

puede ser encontrada en más de una zona y con similares características, lo que asegura que muchas de estas artesanías presenten una similitud impresionante. Esta peculiaridad, que va desde el empleo de los mismos materiales hasta la reproducción del exacto diseño, será en lo adelante una de los aspectos técnicos-formales que identifiquen y caractericen a la Artesanía Popular Cubana, a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

Otro aspecto que distingue a la artesanía rural y en sí a la artesanía utilitaria cubana, es su vínculo directo con el quehacer de la vida cotidiana en el momento en que fueron creadas. A través de los exponentes llegados hasta nuestros días -refiriéndome a los casos específicos de tallas y pinturas- podemos distinguir hechos vivenciales que son expresiones del modo de vida de sus autores. Ese sentido de permanencia y de amor a la tierra, la interpretación de los diferentes elementos de la multiculturalidad popular y la creciente identificación con lo cubano, que se irá consolidando en la población, va a estar presente en cada uno de los detalles, que como modo de expresión aparecen en diversas tallas, repujado, pinturas y hasta en las frases literarias que se insertan en los objetos.

Se dará en la población artesanal cubana y con mayor fuerza identificativa que las restantes manifestaciones de la cultura material, esta reafirmación de lo puramente cubano. Apreciación que solo ha sido exaltada en los estudios de otras manifestaciones de la cultura espiritual, con especificidad en la música y la literatura.

A partir del estallido de la Guerra de Independencia, 10 de octubre de 1868, se hará más notoria la relación artesanía utilitaria-música-literatura popular y será a partir de entonces una de las formas creativas que más expresen el sentido de patriotismo del pueblo cubano.

De la producción artesanal salieron los más variados instrumentos musicales. Con la música estos instrumentos cobraron vida propia, además de constituir motivo de inspiración a diferentes géneros musicales y dancísticos. En la literatura también esta forma creativa encontró su modo de inspiración; en prosas y versos se describe, con amor y profundo realismo, diversos objetos de la artesanía popular cubana, en estrecha vinculación con el quehacer cotidiano del pueblo y como vivo exponente de su identidad cultural.

## **II. Del utilaje mambí, al utilitarismo cotidiano en la artesanía de la Cuba de hoy.**

Fue en la Guerra de Independencia, en un plano de igualdad, donde se acercaron, compenetraron y fundieron los tres factores principales de la población cubana. Esa convivencia en armas de cubanos de todos los matices, unió en el campo insurrecto a blancos, morenos y pardos, lo que dio pasos a cambios profundos en el campo social cubano.

En este contexto, fue también la manigua<sup>38</sup> escenario de cristalización de diversas manifestaciones artísticas. En este apego cotidiano es donde se fusiona lo más autóctono y genuino de nuestras tradiciones culturales, donde se desarrolla el verdadero crisol de la cultura nacional.

*Las rimas eran allí hombres y la poesía de la Guerra fue amar y reír*, como escribió el maestro José Martí.<sup>39</sup> Existieron bandas de música dentro del Cuerpo de Ejército, donde los artistas luchaban sin armas, sencillamente tocaban. El recio y triste sonido del fotuto<sup>40</sup>, improvisado instrumento de viento, sirvió para la comunicación de las tropas. Las cornetas hablaban por sí sola, transmitían las ordenes superiores y cuando se tocaba «al degüello» era más fuerte y flamante el toque redentor.

Se danzaba y cantaba por cualquier motivo: con solo guitarra, bandola, tumba, güiro o maracas se armaba el guateque. Los negros recién liberto además de fieles y abnegados guerrilleros, llevan el ritmo dentro de la sangre, acompañados a cada gesto y en los pasos al caminar. Eran magníficos bailarines, entre combate y combate y a la hora del poco descanso, amenizaban un toque de tambor. En los campamentos reinaba la alegría, no faltó la ocasión en que se formara la fiesta. Las penalidades, escaseces y limitaciones, además de darle frente con voluntad y creatividad se amenizaban con alegría de música, baile y poesía.

---

<sup>38</sup>Voz ind. Conjunto de espesura de arbustos, Bejucos y otros vegetales de poca altura y enredados o confundidos; en cuyo sentido es sinónimo de maleza.

<sup>39</sup>Martí Pérez, José: *Los poetas de la Guerra*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1969, p.9.

<sup>40</sup>Especie de caracol grande (Cobo) cortado en la punta del cono o espiral, sirve de instrumento de viento y produce un sonido recio y triste. En la zona oriental de Cuba también le llaman Guamo.

Las labores artesanales crecieron en la manigua. Se crearon en cada Regimiento talleres de campaña o «maestranza militar». En las prefecturas operaban talleres de equipos militares, de ropas, calzados, tenerías, la prensa de la manigua, herrerías, carpinterías, talabarterías, los hospitales de sangre, etc. La rápida iniciativa popular, al ser puesta en práctica por los prefectos, hizo de estos talleres verdaderos baluartes de abnegación. Se abrieron localidades para manufacturas cuyas confecciones artesanales suplían con creces artículos del mejor acabado.

Estas entidades, fruto de la «industria mambisa», proporcionaron a la lucha armada incontables recursos y provisiones de toda clase, que fueron decisivas para hacer frente a las peores necesidades.

#### a) La Artesanía Mambisa.

Por artesanía mambisa clasificamos a todos los objetos artesanales producidos en el campo de la insurrección cubana, ya sean de manos de la población civil o por los propios miembros del Ejército Libertador y que fueron destinadas al sostenimiento de la guerra independentista. Esta artesanía es, en gran medida, una adopción del arte popular desarrollado por la población campesina y la presencia africana en Cuba, durante toda la etapa de dominio colonial; por lo que, se sintetiza en ella, desde los aportes que han trascendido de nuestros primogénitos habitantes, hasta la herencia de los conquistadores/colonizadores y la significativa presencia de la cultura africana en Cuba.

La denominación **Mambisa** responde al nombre burlesco que dieron los peninsulares a las partidas de insurrectos que se levantaron en armas contra el colonialismo español el 10 de octubre de 1868, bajo la heroica decisión de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria.

Fueron muchos los sobrenombres que por instantes improvisaron los españoles al cubano entregado a la causa libertadora, de igual modo fue recíproco el número de apodos resultantes de la mentalidad del cubano que dieron a los soldados españoles: patrones, quijotes, gorriones, etc. Por lo general llamaban los insurrectos a los españoles «el soldado» y estos a la fuerza cubana «el mambi».

**MAMBI** fue un nombre burlesco, una ofensa, con que designaban los españoles a los combatientes del Ejército Libertador de Cuba. Es una palabra africanoide, concretamente bantú, construida sobre una raíz: mbi, que tiene numerosas acepciones despectivas: insurrecto, bandido, criminal, revoltoso, infame, malo; los españoles comenzaron a usarla en Santo Domingo, contra los dominicanos que no se sometieron a su gobierno cuando tuvo lugar la reanexión de aquel territorio de Quisqueya, a la corona de España, allá bien mediado del siglo XIX. Es el célebre etnólogo cubano Fernando Ortiz quien resume, en 1930, la etimología y evolución del término<sup>41</sup>

Lo molesto de esta frase para el cubano ha sido expresado por Esteban Montejo en la obra de Miguel Barnet: *Biografía de un Cimarrón*, al apuntar: «Mambi quiere decir hijo de mono y de aura»<sup>42</sup>. No obstante, la fuerza moral ganada por estos cubanos en el curso de la guerra hizo que cambiara ese matiz despreciativo y significara exactamente lo contrario de lo que el enemigo colonizador pretendió. Esa denominación despectiva pasó a ser apelativo honroso y desde entonces no hay mayor orgullo para el cubano que el vocablo mambi.

Estos hombres que prenden la llama emancipadora el 10 de octubre de 1868 y vuelven a retomar el camino de la lucha armada el 24 de febrero de 1895; a lo sumo treinta mil combatientes, con escasos armamentos, no bien comidos, vestidos y calzados, a caballo o a pie, además de audaces guerrilleros, se nos muestran como soldados creadores.

Aunque en este artículo nos refiramos a los aspectos, que a nuestro juicio son, más sobresaliente de la creatividad de los miembros del Ejército Libertador Cubano, estimamos no solo se valore la capacidad creativa de los mambises, manifiesta en las disímiles fórmulas empleadas para desafiar las necesidades materiales: la carencia no fue un hecho exclusivo de cubanos insurrectos, sino también de soldados españoles, quienes se vieron en la obligación de buscar verdaderas soluciones creadoras para sobreponerse a las desventajas del clima y crear o reproducir su propio hábitat. Ellos también sufrieron el hambre de muchos días en la manigua, la pérdida constante de soldados por enfermedades y la inclemencia del tiempo y además aportaron, en esta etapa, variadas formas artesanales que han pervivido en el quehacer cotidiano

<sup>41</sup>O'Kelly, James J.: *La Tierra del Mambi*, (Introducción biográfica por Fernando Ortiz), La Habana, Cultura, 1930, p.X-XV.

<sup>42</sup>Barnet, Miguel: *Biografía de un Cimarrón*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1972, p.159.

del pueblo cubano. Merece se destaque: la trascendencia de la dieta alimenticia, la construcción de viviendas, la generalización de las alpargatas como calzados mayoritario, entre otras creaciones más.

En las siguientes páginas se podrá apreciar, como la entera escasez y la total ausencia de los medios necesarios para vivir, hicieron que la población en su conjunto, recurriera a las formas más primitivas de obtención de bienes materiales y emplearan variadas fórmulas artesanales, que luego nos han servido para valorar y estimar el alto sentido de creatividad que distingue al pueblo cubano.

De los múltiples bienes que caracterizan a la creación artesanal, durante el período de la Guerra de Independencia de Cuba, distinguiremos: el armamento, la arquitectura y el mueble de campaña, la elaboración de comidas, medicamentos y la fabricación de productos sanitarios. Asimismo ofrecemos el inventario de un conjunto de utilillajes que, denominados «enseres o atuendo guerrero», completan la producción de la artesanía mambisa e identifican y caracterizan, no solo a una etapa de la historia de nuestro pueblo, sino también a la habilidad creadora de sus protagonistas.

### **El armamento improvisado del Ejército Mambí.**

No podrá hablarse de la capacidad creativa del mambí, formada a partir de las necesidades propias de la guerra y de profunda inserción en la vida cotidiana posterior del cubano, sin antes examinar el cómo recurrieron y luego revitalizaron las formas más primitivas de obtención de bienes, útiles, tanto para sobrevivir a las escaseces personales, como para contrarrestar el enfrentamiento desigual con un Ejército superior.

Será la presencia del arma improvisada, su escasez y pobreza dentro del Ejército Libertador, centro de motivación de diversos periódicos españoles en Cuba, la Península y de otros diarios extranjeros, como lo fue *La América*<sup>43</sup>, editado en Nueva York. En ausencia de armas se combatió con piedras, palos aguzados y hasta con la geografía como medio de defensa.

Los mambises apelaron al uso de las armas más toscas y primitivas: piedras arrojadas, palos armados con puntas de hierro, tubos de cañerías en forma de escopetas y más de una vez fusiles simulados, hechos de madera para armar a reservistas e imponer el miedo.

Un fragmento del testimonio de Esteban Montejo, en *El cimarrón*, al remontarse a aquellos años de dificultades nos dice:

*...el cubano de aquellos años, del sesenta y ocho, no estaba preparado para pelear, tenía la fuerza por dentro, pero las manos limpias. Era más difícil hallar un arma que una aguja en un pajar. Así y todos cogían una puya de jiquí y hacían un puñal. Con ese puñal se enfrentaban al enemigo que traía armas de fuego. Los preparaban por lo general los congos, al que se lo clavaban lo dejaban tieso. A mi entender esos puñales tenían brujería en la punta. Los españoles veían a un negro con un puñal de esos y salía echando un pie<sup>44</sup>.*

Estos recién libertos que acudieron al llamado de la revolución en La Demajagua, Yara y Bayamo en 1868, con limitadísimos recursos materiales, se vieron en la necesidad de improvisar más que nadie. Los negros africanos contaban con armas fabricadas por ellos mismos: chuzas, tridentes, escudos y horquetillas, así como sus machetes ordinarios de corte y chapea y todo lo que pudieron cargar consigo al alzarse: picos, hachas, etc<sup>45</sup>.

Fue el machete el armamento más descollante para los insurrectos cubanos; se convirtió en el instrumento predilecto de todo Mambí y lo que nunca podía faltar en su atuendo guerrero. Sirvió para defenderse en la manigua, cortar ramas en la vereda, chapear y de práctica indisputable para todo soldado a pie o a caballo. Cuando hubo que restaurarlo, por el constante uso, los mambises recurrieron a diferentes métodos. El cabo lo rehacían de madera, tarro de res o carey, prensado y remachado con metal. Las vainas eran hechas de cuero sencillo, algunas adornadas con tachuelas o repujadas semejando figuras

---

<sup>43</sup>Ramos Zúñiga, Antonio: *Las Armas del Ejército Mambí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 172, p. 159.

<sup>44</sup>Barnet, Miguel: opus cit., p. 169.

<sup>45</sup>Ibid., p., 22.

geométricas. El machete «guanabacoa», modelo confeccionado en cuevas de esta región habanera, logró alcanzar buena aprobación entre los insurrectos y el sello de auténtica producción mambisa.

Grover Flint, describe la labor del Taller Mayarí, de Las Villas, dedicado a la forja de machetes y reconocido entre los más grande de la insurrección:

*(...)uno de los extremos del local se dedica a la reparación de machetes. Mandos de hermosos diseños se hacen y adaptan armoniosamente a los diversos estilos de machetes, desde la larga y puntiaguda hoja de Camagüey hasta la ancha de los guardabosques y la espada de Santo Domingo. Las cachas se hacen con capas de cuero de buey, calentadas y formadas con moldes de latón y mantenidas durante lo noche en una prensa de carpintero. Después se ajusta con remaches de bronce, se les diseña con cuchillo y lima y se les pule hasta el máximo de su brillantez. Usted puede hacer que pongan a su machete una guarda de bronce o acero si así lo desea, y puede seleccionar el diseño para el cabo o dejarlo al gusto del artesano. Se pone cuidado en la selección de los cueros, y el resultado acredita el buen gusto y paciencia de los obreros<sup>46</sup>.*

Las necesidades de armas de fuego implicó que en estos mismos talleres se fabricaran fusiles con tubos de cañerías, mientras las culatas y los guardamanos se confeccionaban con madera dura de la región. Aquí además de reparar las armas arrebatadas al enemigo, se hacían maquetas de fusiles a partir de ramas de árboles que eran tallados. *Cajas de escopetas de bella madera roja o amarillas se producen en el departamento de tallado, cada una marcada con las iniciales P y L. que significa «Patria y Libertad». Son tan buenas como si se produjera en tornos y están finamente acabadas...<sup>47</sup>.*

Para mostrar la inteligencia de los mambises en la fabricación de balas y cartuchos, elaboración que encontró variadas formas creativas en diferentes zonas del país, transcribimos un fragmento de la conversación sostenida por José Martí con un patriota de la Guerra de los Diez Años, Francisco Carrillo y publicada en el periódico *Patria*, con fecha 28 de noviembre de 1893:

*¿Cartuchos? Se ingeniaba uno. El ingenio viene con la necesidad. Vea a Guerra el venezolano, cuando vino con la gente de Las Villas, de vueltas de Camagüey. No tenía cartuchos. La gente encontró un diccionario viejo en un rancho abandonado. Ya tenía pólvora: ya tenía un diccionario: faltaba la goma para pegar el papel, faltaba la bala. La goma era fácil: la leche de jagüey, que la cogen en güiros, a machetazos: sólo que el jagüey, para que no se enoje, hay que darle con suavidad: y esa goma no la quita ni el diablo.*

*¿Las balas? Pues se desuellan las casas viejas, se les sacan los balaustres, y ya están todos los menesteres. Al acampar por la noche, a las once, después de marchar todo el día, se juntaban los oficiales, cerca del pabellón del jefe, debajo de un árbol, con el güiro a un lado. El del diccionario era hombre de gran confianza: ¡el puede mucho en las guerras, por más que digan!: aparecía con su tesoro: iba dando como pan bendito, una hoja, que cada oficial partía en cuatro, para cuatro cartuchos; había dos cortafíos y una mandarría, que servía de yunque, Unos pegaban los cartuchos, otros contaban en pedazos los clavos y los balaustres, con cada un pico del demonio. Los españoles nos decían luego al pelear: ¡Bárbaros, no tiréis con balaustres de ventanas! Es lo más simple hacer cartuchos<sup>48</sup>.*

Aunque fue el machete el arma más descollante dentro del armamento mambí, además de que se contase con la fabricación de cartuchos y balas, armas variadas y el suministro de implementos bélicos,

---

<sup>46</sup>Flint, Grover: *Marchando con Gómez*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1983, p. 214-215.

<sup>47</sup>Ibid. p. 214.

<sup>48</sup>Martí Pérez, José: opus cit., t.4 p. 462.

han sido los cañones de madera y de cuero los ejemplares más representativos que distinguen la labor creativa de este Ejército de Artesanos.

Quizás no exista otro ejemplar del armamento mambí que manifieste más curiosidad, autenticidad y creatividad que los cañones de madera y de cuero, máximos ejemplares de la inventiva proporcionada por el Ejército Libertador en la Guerra de los Diez Años.

No contamos con información, a partir de la historiografía consultada, de la existencia de cañones de madera y cuero con anterioridad a los primeros años del estallido de la Guerra de Independencia; lo que sí ha sido revelador en nuestra búsqueda y ayuda a reafirmar el criterio, de que fueron los propios españoles quienes introdujeron en Cuba este modo de fabricación de artesanía bélica o artillería improvisada, es poder contar con información auxiliar que nos permiten comparar tal producción de cañones con otras anteriores, producidas aquí en la península.

Existen constancias históricas de que los catalanes en la Guerra de Independencia se sirvieron algunas veces, de troncos de árboles como fuerza de Artillería. En el año 1808 batieron a las tropas francesas, por dos veces, en la altura de Bruch, utilizando cañones de madera, contruidos con troncos de árboles reforzados con aros de hierro.

En los comienzos de la primera Guerra Civil (1833 hasta la muerte del general en jefe Tomás Zumalacárregui), improvisaron los carlistas cañones de madera de robles, reforzados con cuerdas, que ensayaron sin éxito en el sitio de Gandesa.

También en el año 1868, -inicio de la Guerra Grande- los insurrectos de Bejar utilizaron cañones de madera contra las tropas reales y se dice que fueron contruidos por el herrero Bejarano Victor Gorzo, en el año 1865. Una ficha técnica del antiguo Museo de Artillería de Madrid aporta, que dos de estos cañones de madera ingresaron en la colección en septiembre de 1876, aunque se señala también que fueron retirados de la exposición permanente años más tarde, sin especificar en su destino posterior si las causas fueron por deterioro, transferencia o donación a otra institución similar.

Sintetizando la descripción de estos dos cañones fabricados en Bejar: uno es de 9 cm. de calibre por 111 de longitud total, y el otro de 7 cm. por 72 respectivamente. Ambos se componen de dos media cañas en contacto, sujeta en el primero por aros de hierro de diferentes ancho y 0,6 cm. de espesor y en el segundo, por dieciocho aros iguales más ancho que aquellos. El fogón de los dos cañones es un trozo de hierro taladrado, que parece un clavo, cuya cabeza prismática sobresale de los aros y de éstos, el más próximo a la boca está sujeto por un clavo, que serviría a la vez de joya. Los muñones están contruidos por una barrera pequeña, que forman cuero con uno de los aros. En el exterior, la forma de esta pieza es tronco-cónico, y sus proyectiles cilíndrico-cónicos, son de muy mala fundición. Están colocados en montajes muy toscos y débiles, de madera, con rueda enterizas y en poco difieren de los cañones fabricados por los mambises.

De la improvisada artillería cubana, formada por «embudos de madera», como así designaron los españoles a estos cañones, describe el historiador Antonio Pirala: *era de madera dura, de dos piezas con sunchos de hierro alrededor y el interior forrado de cobre: contenía 78 balas de plomo de á onza, y una cantidad de pólvora equivalente á la mitad de la que usan nuestras piezas de montaña*<sup>49</sup>.

Walter Goodman, un artista inglés de visita en Cuba, luego de presenciar una escaramuza entre españoles e insurrectos, hace una descripción de estos cañones: *era un arma muy extraña hecha de tronco de árbol ahuecado y moldeado en forma de cañón y ceñido por fuertes aros de hierro*<sup>50</sup>.

Se confeccionaba

*(...) a partir de un tramo del tronco de un árbol duro. Esta pieza era cortada a lo largo en dos mitades, cada una de las cuales era trabajada en una de sus caras de manera tal que, al unir las, se formaba una cavidad a lo largo del tronco, pero con salida por uno solo de sus extremos. Se amarraba fuertemente con cuero y luego se reforzaba con sunchos del hierro. Las más de las veces el interior del cañón era revestido con láminas de cobre*<sup>51</sup>.

<sup>49</sup>Antonio Pirala: *Anales de la Guerra de Cuba*. Imp. F. González Rojas, Madrid, 1895, t. 2, p. 331.

<sup>50</sup>Goodman, Walter: *Un artista en Cuba*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1986, p. 50.

<sup>51</sup>Arfont Robaina, José M.: «Talleres de Armamentos en la Manigua», en *Revista Verde Olivo*, No. 29, p. 27-28.

En la zona de Trinidad, cerca de Topes de Collantes, las tropas de Juan Bautista Spotorno fabricaron hacia 1869 un cañón de madera responsabilidad que recayó en el Teniente José Vera. En este mismo año los camagüeyanos utilizaron esta pieza de artillería en las operaciones de Los Rípios, Cascorro y Guáimaro<sup>52</sup>.

El primer cañón de cuero fabricado por la «industria bélica de la manigua» fue obra de los hermanos Capitán Carlos y Teniente Luis Martínez; quienes desafiaron las desventajas materiales y crearon con concepciones primitivas en corto tiempo varios ejemplares de estos cañones, logrando con ellos buenos resultados.

Para la confección

*se empleaba un arma de madera, se cose a la piel de buey fresca o muy húmeda y sobre ella se teje con piel de vaca, luego se pone otra piel como forma exterior. La recámara es de madera, guarnecida también de un tejido de cuero, se seca el arma, que debe estar hecha de varias piezas y queda el cañón capaz de resistir de cinco a seis tiros. Los cartuchos que se emplean son de caña brava o pito que contiene la pólvora o metralla. El cañón se guarnece con aros de hierro<sup>53</sup>.*

En la actualidad dos de nuestros museos exhiben cañones de cuero. El ejemplar que se encuentra en el Museo de la Ciudad de La Habana, donado por el Antiguo Museo de Artillería de Madrid en 1928, es de notable factura, 7 cm de calibre por 117 de longitud total, confeccionado a partir de una amalgama de tiras de piel de caballo tejidas, a la que se dio cinco o seis vueltas sobre alma de madera. No tiene cocido ni pegadura de ninguna clase, y en el exterior va reforzado con dos tejidos de correas de la misma piel, que se anudan en la culata, sujetando el sobrante de la interior que está allí plegada. Fue cogido a los insurrectos de la jurisdicción de Cinco Villas, por la fuerza del General Lesca, en el año 1872 y remitido por el Teniente General D. Antonio Caballero de Rodas a España e ingresado en el Museo de Artillería en el mismo año 1872.

El otro cañón se ubica en el Parque Histórico Militar El Morro-La Cabaña de la ciudad de La Habana, de 6 cm de calibre por 95 de longitud total. El prototipo consiste en un tubo metálico de 0,2 cm de espesor que se une con soldaduras, cerrado por uno de sus extremos y forrado por una gruesa piel de caballo y también fue remitido en el año 1872 al antiguo Museo de Artillería de Madrid por la maestranza de La Habana y donado a Cuba, al igual que el anterior, a través del Embajador en España, el 16 de febrero de 1928.

Los insurrectos fabricaron varios cañones de esta clase, teniendo como armazón, primero la madera y luego el hierro y el cobre. La documentación consultada refiere la existencia de uno entre ellos de tamaño bastante grande y efecto contundente. Con la habilidad adquirida en un taller se podía hacer de cuatro a cinco cañones de este tipo por día, con un peso aproximado de 25 a 40 libras y de fácil manipulación para un hombre. Esta pieza fue utilizada por primera vez a prueba de la incipiente artillería mambisa en la acción de El Desmayo el 22 de diciembre de 1868,<sup>54</sup> ochenta y cuatro días después del levantamiento en armas producido por Carlos Manuel de Céspedes en el ingenio La Demajagua.

La manipulación con estos cañones de madera y con los de cuero era demasiado rigurosa al efectuar la ignición o al emplazarlos; para efectuar el disparo era preciso asegurarlos lo mejor posible, y amarrarlos fuertemente a los troncos de los árboles o a unas estacas de sujeción clavadas a cada lado del arma.

Aunque no existan en la actualidad, se exhibieron en el Museo de Artillería de Madrid, varios ejemplares de cañones de madera, palma brava y cuero, cogidos a los mambises y enviados como trofeo de guerra a la península durante la Guerra Grande; así aparecen registrados en el catálogo General de este antiguo museo, hoy Museo del Ejército.

En el último período de la Guerra, la del 95, la organización adquirida por el Ejército Libertador permitió la creación de verdaderos talleres de armamentos o «maestranza militar», que le proporcionaron

---

<sup>52</sup>Pirala, Antonio: opus cit., p. 850.

<sup>53</sup>Villaraus, E.: «Fue cogido a los insurrectos de Camagüey, hecho en cuero», en *Revista Carteles*, La Habana, no. 21, p. 119.

<sup>54</sup>Ramos Zúñiga, Antonio: opus cit., p. 67.

al Mambí incontables recursos y provisiones de toda clase. A diferencia de la Guerra de los Diez Años se contaba con más y mejores armas y fue de mayor provecho el material traído por las diferentes expediciones.

En la armería del Taller Mayarí de Las Villas, se preparó un horno donde se fundieron tres cañones de bronce, de bastante tamaño. El encargado de este taller fue el patriota Cándido Ramón Días Urquiza, maestro carpintero conocido por Chancho, además de tres hermanos que ayudaron en todos los trabajos y un señor mallorquino en la mecánica y fundición, que en su tiempo había sido soldado de artillería y conocía muy bien esos trabajos.

De las tres piezas fundidas en este taller una se encuentra en el Museo Municipal de Trinidad, provincia de Sancti Spiritus. Sus proyectiles eran de dos libras y se introducía en el cañón de 107 centímetros de largo por 2,3 pulgadas de diámetro. En la parte superior se inscribe un escudo de la República en Armas, con la marca del taller Mayarí, 1897 y la denominación «República». Otro de los trillizos se encuentra actualmente en el Museo Provincial de Sancti Spiritus y tiene las mismas características, con la única diferencia que su denominación es «Cuba». Por el estado deplorable en que fue encontrado en una zona de Cienfuegos hubo que rehacer sus ruedas y cureña. El tercero aún no ha sido localizado, se dice que su nombre es «Patria» y que existe, aunque nada en concreto se conoce.

### **La arquitectura y mueble de campaña.**

La creación en la manigua no sólo se restringió al desarrollo de la «industria bélica», como necesidad de primer orden; actividad que comprendió la elaboración de pólvora, a partir de las extracción del nitrógeno del estiércol de los murciélagos, de cartuchos y balas de guerra, reparación de machetes y rifles, de fabricación de cañones de cuero, madera, y bronce y de torpedos criollos que pusieron en jaque la navegación española de la extensa región central Cauto-Embarcadero. La habilidad acumulada durante casi 30 años de bregar constante y la mantenida explotación de la capacidad creadora del pueblo cubano, puesta a prueba en circunstancias difíciles y periodos especiales, hizo que dentro de la organización lograda por las tropas libertadoras estuviera presente la experiencia histórica de la creación colectiva y la transmisión práctico-mimética propiciada por los negros recién libertos y el sector campesino; esto, modificado y transformado con los múltiples aportes individuales.

La obvia presencia en la manigua de viviendas, denominadas por nosotros en su mejor compilación: Arquitectura de Campaña, responde -partiendo de las estructuras tradicionales ya existentes- a la adopción que se hace de esta forma constructiva; enriqueciéndolas con variados materiales y hechuras.

El bohío como forma original de la vivienda cubana fue también morada del mambí. La funcionalidad de este inmuebles, su rápida y fácil construcción, la abundancia de los materiales que le dan origen (madera, pencas diversas y yagua) y la frescura que proporciona al descansar en él, hizo de éste la prenda más propicia de la arquitectura en campaña del Ejército Libertador.

La casi totalidad de la fuerza cubana durmió en cuevas, a la intemperie del monte claro y cuando pudo tener el rancho, éste le fue un lujo. *Un bohío*, -refiere una fuente española- *es un mundo, en que nace todo en pequeño, bajo la subdirección de la mano del hombre*<sup>55</sup>.

No es nuestra aspiración hacer una descripción exhaustivo de la forma constructiva del bohío de esta u otra etapa, o a la diferencia o semejanza entre regiones del país. Nos basamos, partiendo del bohío tradicional, legado del aborigen, (...) *planta rectangular, construido de elementos vegetales: yagua de la palma real afianzada a un entrelazado de cujes para formar las paredes y hojas de la palma (guano) empleadas en la misma forma, en la techumbre que eran a dos o a cuatro vertientes*,<sup>56</sup> en las características típicas, más algunas apreciaciones propias de la época relacionadas a esta forma de vivienda.

Los mambises adquirieron en corto tiempo habilidad y destreza en la construcción de ranchos. Algunos asistentes levantaban en una hora uno con el mejor acabado y durabilidad, resistiendo la tormenta más fuerte.

La manera más sencilla de construcción de un rancho -clase de bohío más reducido e improvisado, era doblando una yagua por encima de un caballete hecho con cuatro horcones. Los que se hacen sin

<sup>55</sup>Muñiz de Quevedo, José: *Ajicaco (sobre el terreno)*, Madrid, Imp. Fonet, 1898, p. 14.

<sup>56</sup>Weiss, Joaquín E.: *La arquitectura colonial cubana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979, t. I, p. 6.

preparación previa carecen de horcones y descansan las varas horizontales en el suelo con la yagua o guano que lo cubre, como si fuera el techo sólo o caballete de una casa en tierra. Esta forma de construcción se parece mucho a la de una vara en tierra a un *naipe doblado por el medio y puesto bocabajo entreabierto*<sup>57</sup>.

Utilizaron en la edificación de los bohíos las formas más variadas de construcción: habitaciones individuales abiertas a todos los locales o forradas de yagua, barracas de dos y hasta cuatro aguadas, bohíos de vara en tierra y tarima sobre horqueta con barbacoa, estructuras parecidas a grandes jaulas de pájaros, etc.

En zonas ganaderas agregaban a las cumbres de los ranchos un cuero de vaca doblado con el pelo hacia abajo, solución que bajo el calor del día atraía los enjambres de moscas y al llover protegía el interior de la habitación. Esta táctica también fue utilizada en puertas.

Destinada a hospitales se construían barracas de guano de dos aguadas o corrientes, cuyos aleros no bajaban de tres pies de altura, forrada de yagua y sin división interior. Los talleres se formaban bajo una larga estructura rectangular, sin paredes, con techo de guano y sustentado sobre livianos puntales. Las trincheras eran con cujes y palmas cortadas, colocadas en forma de tablero para cada tirador.

En la subprefectura del Yatal:

*El cuerpo de la choza, consiste en un dormitorio grande, tenía paredes de yagua sostenidas por varas horizontales que pasaban por encima y por debajo de las yaguas atadas a los fuertes horcones con tira de majagua; era un agrandado tejido de cesta, tan delgado que uno habría podido abrirle un hoyo con el pie en cualquier parte.*

*La puerta era de cuero de vaca endurecido, con el pelo raído donde la mano la empujaba usualmente, y giraba sobre goznes de cuero más flexibles. La habitación carecía de ventanas. El largo techo cobijaba afuera una mesa y una silla, formando así una habitación sin paredes que usaba la familia del Prefecto y dejando espacio arriba para un desván en el alero, donde dormían sobre un piso de tablas sueltas los dos hijos del Prefecto y los huéspedes de tránsito*<sup>58</sup>.

La organización lograda por los mambises en la manigua exigía del perfeccionamiento de la vida en campaña. Ya en diciembre de 1868, dos meses después del primer levantamiento en armas, el Ejército Libertador contaba con la creación de un Cuerpo de Ingenieros, quienes tenían entre sus funciones seleccionar los puntos más convenientes para la construcción de campamentos, estudiar la topografía del terreno y formar los planos de los edificios.

En estos bateyes había tantos ranchos como individuos, los que estaban muy bien confeccionados y formaban calles. *El campamento de Calixto García en Dos Bocas ocupaba un claro rectangular en el bosque, que consistía en una multitud de bohíos formando calles rectangulares y muy bien alineados, con espacio abierto en el centro, donde se cultivaban plátanos*<sup>59</sup>.

Además del cúmulo de viviendas «miniaturizadas», enriquecían las visuales de los campamentos la presencia de huertos, corrales, predios y parques improvisados. Existieron campamentos que en el centro del asentamiento crearon lindas glorietas con asientos, que a la vez servían de plaza de armas y baile en los momentos de gozo, lejos del alcance de las tropas españolas.

Los campamentos transitorios se formaban dentro del bosque o en potreros, cerca del camino, de alguna aguada y a la inmediatez de una finca. Cada batallón tenía su campamento en un punto fijo de la zona en que estaba designado. La construcción de ranchos en acampadas eran mínimas, se sustituían por barbacoas sin cobijas, en forma de camastro.

---

<sup>57</sup>Pichardo, Esteban: *Diccionario Provincial, casi razonado de voces y frases cubanas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, p. 519.

<sup>58</sup>Flint, Grover: *Marchando con Gómez*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1983, p. 217-218.

<sup>59</sup>O'Kelly, James J.: *La Tierra del Mambí*, (Introducción biográfica por Fernando Ortiz), La Habana, Cultura, 1930, p. 243.

Con el mueble se apeló a la misma explotación de la exuberante vegetación de nuestros bosques; tenía el mambí, sin salir a gran distancia, madera para fabricar sus propios enseres. La naturaleza del mueble contrastaba con la sencillez de la vivienda, lo que en ocasiones se fusionaba y suplía una necesidad en común.

La forma más corriente de hacer un banco es *tajar dos árboles por cerca del pie, clavar al frente de cada uno dos horquetas, y otra de apoyo al tronco, y cruces, y varas a lo largo, y ya está el banco*<sup>60</sup>.

En su forma original los troncos de las palmas se aprovecharon de asientos, aserrados para sillas, bancos y taburetes, con respaldo y asiento de piel, como puede comprobarse en la silla del Mayor General Antonio Maceo y Grajales, que se exhibe en la sala Valeriano Weyler del Museo Militar «Castell de Sant Carles», en Palma de Mallorca. También ejemplares como esta silla de tronco de palma y con otras variantes constructivas, pueden encontrarse en la actualidad en casas campesinas de la Sierra Maestra y en la jurisdicción de Baracoa, la zona más oriental de la isla.

La yagua, sin otra adaptación que la comodidad del terreno, fue techo obligado del mambí. La hamaca, tendida de tronco a tronco, le fue útil en el descanso. Un adelanto de la industria mambisa -anota Ibrahín Consuegra-, ...*consiste en una cama de madera sin labrar con bastidor tejido con tiras de corteza de majagua cruzada transversalmente*<sup>61</sup>.

También el camastro fue otro de los muebles propios del mambí. Se hace clavando cuatro parales de iguales medidas, en forma de horquetas rústicas en la tierra, sustentadas por cujes, cuya unión lograda por ataduras de fibras vegetales forma una parrilla. Es una cama en esqueleto que sólo tiene el ancho necesario para una persona. Su construcción, cuando es al aire libre, por lo general lleva una cubierta de guano y yagua, haciendo las veces de tienda cobertera. Estos lechos o parrillas naturales le sirvieron al mambí para ahumar y asar la carne y así conservarla por muchos días. Construida en el interior de la vivienda se le llamaba barbacoa y sirve a la vez de asiento y mesa.

Resumiendo en este acápite: la arquitectura y el mueble utilizado en la manigua fueron resultado de una necesidad individual de cada soldado, donde cada quien la interpretaba y realizaba a su forma. Lo original de una posible homogeneidad radica en la presencia de un mismo material constructivo bajo una línea de formas rústicas tradicionales.

### **La alimentación.**

Con la alimentación se sobrepasaron los límites de la creatividad del cubano en este período. Para sobrevivir al hambre fueron incontables las fórmulas nutritivas que, a merced de la absoluta carencia, se vieron obligados a elaborar, tanto las fuerzas insurrectas, las tropas españolas en campaña, como la población en general.

Hoy puede resultar asombroso el uso de diversas plantas, no comunes en la dieta del cubano y empleadas por los mambises para alimentarse. Consumieron el bleado, la verdolaga,<sup>62</sup> las hojas de piñón,<sup>63</sup> de chayote<sup>64</sup> y de malanga<sup>65</sup>. El palmito de la Palma Real<sup>66</sup> estaba en casi todos los condimentos; la tripa se comía hervida y en ensaladas y fue gustosa y alimenticia. De la almendra del corajo<sup>67</sup> sacaron leche y grasas y los cuecos del fruto del mamoncilla<sup>68</sup> se emplearon en sopa.

---

<sup>60</sup>Martí Pérez, José: *Obras Completas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, t. 17, p. 232.

<sup>61</sup>Consuegra Walfredo, Ibrahín: *Diario de Campaña, Guerra de Independencia, 1895-1898*, La Habana, Imp. Lex, 1948, p. 129.

<sup>62</sup>Claytonia Perfoliata.

<sup>63</sup>Erythina corallodendro.

<sup>64</sup>Jatrople Urens.

<sup>65</sup>Arum Sagitaeifolium.

<sup>66</sup>Oreadoxia regia.

<sup>67</sup>Gastrococos Armentalis Morales.

<sup>68</sup>Mellicoca Bijuaga, L.

De un árbol, que no dan a conocer el nombre, extraían sal. La sal cacera se hacía *poniendo una vasija con agua de mar al fuego, ya algo gastada el agua, se raspa la superficie del recipiente y tiene ud. una buena sal para la mejor comida.*<sup>69</sup>

En la prefectura de Jobabo, para la elaboración de sal utilizaban, a igual procedimiento, tachos de cobres,<sup>70</sup> y luego, atendiendo a la creciente escasez *se construyó una casa a la orilla del mar para poner el tren de extracción bajo techo y la abertura de un poso guarnecido, para que la lluvia de la primavera no impida trabajar diariamente y no falte la sal.*<sup>71</sup>

El soldado libertador no tuvo nunca Navidad, así lo contó al mayor general Enrique Loynaz del Castillo, jefe del Estado Mayor de las tropas a cargo de Serafín Sánchez. La mayoría de los soldados no pudieron celebrar las fiestas navideñas durante la guerra del 95.

*Difícil era poder celebrar la festividad pascual cuando la mayor parte de los días poco teníamos para llevarnos a la boca. A veces ni recordábamos la fecha; en nuestro calendario sólo estaban señalados como días especiales los aniversarios de la patria: el 10 de octubre, el 24 de febrero... Y para eso la celebración era parca (...). Pero banquetes, comeletas y convites estaban excluidos. Y no porque no quisiéramos hacerlo, sino porque tal cosa resultaba imposible, ya que casi siempre carecíamos de carne y hasta de sal, que se convirtió en algo tan apreciable que recuerdo que en el territorio de Las Villas llegó a cambiarse una libra de sal por un quintal de café. La primera había que ir a buscarla a la costa, frente a los cañones de los buques españoles, continuos en la vigilancia... El café, en cambio, crecía abiertamente en muchas zonas intrincadas en la provincia y no hacía falta más que estirar las manos para cogerlo.*<sup>72</sup>

A pesar de la poquedad, existieron fórmulas nutritivas que han ayudado a elevar y caracterizar la indudable magia gastronómica de aquellos cubanos y que hoy podemos resumir como identificativas de la alimentación existente en el período de las Guerras de Independencia. Aunque muchas de estas combinaciones existieron con anterioridad en la dieta de los campesinos y esclavos, fue en el escenario de la guerra y en la premura impuesta por las circunstancias, donde se revitalizaron y popularizaron su uso entre los insurrectos, denominándola como comida mambisa.

El boniato<sup>73</sup> además de ser la constante nutritiva de la población campesina en todo el siglo XIX, fue una ayuda para el sostenimiento de los soldados cubanos y en repetidas veces de las columnas españolas en operaciones. Visto como la variante de salvación alimenticia, que alivió el hambre de todo el país, durante los años difíciles de la guerra. Su elevado y necesitado consumo hizo que se convirtiera en el tubérculo «más gustado» y de producción fundamental en los predios agrícolas mambises.

Muchas veces el desespero que produce el hambre obligó a los soldados comer el boniato crudo e idear otras formas de preparación, combinándolo con segundo y tercero alimentos. También se observó que el constante consumo de boniato producía debilidades y que fue la causa de la pérdida de visión para muchos individuos.

Cuenta el comandante Donato Soto, quien llamaba jocosamente al boniato «el salvador», de un día, como mucho otros en la manigua, en que había muy poco para armar el menú; de cómo las arregló para anunciar un verdadero banquete compuesto de sopa, asado, postre y café. Copió el menú en pedacitos de papel y usó para los comensales una larga mesa hecha de cujes, al igual que los asientos. Algunos imaginaron que el «asado» sería algún plato de carne, pese a que eran tiempos en que se carecía grandemente de ese alimento en el campo de la Revolución.

<sup>69</sup>Archivo Histórico Nacional de Cuba (AHNC), leg. 5838, nº 6, doc. 65. *Carta del General Julio G. de Peralta, al Coronel Jaime Moreno*, febrero, 28, 1869.

<sup>70</sup>Ibid., leg. 5838, nº 1, doc. 4. Agosto, 1869.

<sup>71</sup>Ibid., leg. 5838, nº 1, doc. 3. Enero, 1870.

<sup>72</sup>Loynaz del Castillo, E.: «El soldado libertador no tuvo nunca Navidad», en *Revista Bohemia*, 18 de diciembre de 1955, p. 91.

<sup>73</sup>Convolvus Batata.

Pero, llegado el momento: sopa de boniato. ¿El plato principal? Boniato asado. Como postre hubo Boniatillo. ¿Café? Boniato quemado y rallado contra una piedra áspera, y el polvo después se hervía en agua. Todos saborearon el almuerzo. Hasta felicitaron al comandante Soto por hacer maravillas con tan poco<sup>74</sup>.

Los insurrectos sintieron gran aprecio por las comidas compuestas con carne de la legendaria jutía<sup>75</sup>. A tal punto que en cierta ocasión el patriota Ramón Roa dijo que en el escudo de la República, llegado el momento de la libertad, debía grabarse un expreso reconocimiento al noble roedor, que a tantos cubanos salvó del hambre. Lo cierto es que el animalito llegó a desaparecer de algunas regiones dada la intensa persecución de que se le hizo objeto por combatientes deseosos de comer algo distinto a las recurrentes carnes de majá<sup>76</sup> y en otros casos de caimán, cuando podían ser atrapados<sup>77</sup>.

El envuelto sirvió de comida de viaje, se juntaban todos los menudos de res y se asaban. El caro era una comida muy sabrosa, preparada con la hueva del cangrejo y casabe, esto último, torta circular hecha de raíz de yuca agria (especie de mandioca), exprimida y desperdiciado el jugo venenoso de la planta.

Oriundo de Baracoa es el bacán, pasta elaborada con plátano verde molido o pilado, sal, cebolla, ajo, carne, ají y grasa. Esta mezcla se vierte en el centro de un envuelto de hoja de plátano verde, se amarra con tira de tallo o de las hojas y se pone a cocinar en una cazuela con agua y algo de sal. En Oriente elaboraron el calalú, comida a modo de potaje, compuesto de hojas de malanga, verdolaga, col, ceiba, calabaza y otras viandas o vegetales, con sal, vinagre, manteca y aceite.

El frangollo, es un dulce seco, hecho de plátano verde pulverizado, ofrenda por excelencia de los baracoenses a los expedicionarios mambises que desembarcaban por la zona. José Martí en el *Diario de Playitas a Dos Ríos*, hace un paréntesis para rendir tributo a este manjar, a la hospitalidad y a la generosidad de este pueblo.

Otra de las pastas, sabrosísima, elaborada en el oriente del País, es el pan-patato, que fue para los insurrectos como una gloria dentro de la alimentación. Se hacía rallando el boniato crudo, mezclado con calabazas, yuca y otras viandas, coco rallado, revuelto con azúcar o miel de abeja como dulce, su poco de manteca, sal, nuez moscada o anís (si lo había). Se envolvía el pan en hojas de plátano verde y se cocinaba en cacerola con manteca, rodeado de brasas en el fondo y en la parte de arriba. El rescoldo se ponía lento hasta que estuviese el pan bien cocido. Servía para cuatro o seis días y de esta forma aprovechan el boniato malo.

El Mayor General Enrique Loynaz del Castillo, reveló otro simpático hecho que vale la pena rescatar como ejemplo de aquella magia gastronómica, que siempre los acompañó en la voluntad de resistir y vencer:

*Era el día de mi santo, el 15 de julio de 1897. Estábamos acampados en Jicarita, provincia de Matanzas. Yo tenía unos 430 soldados. Todos me querían. Y ese día me lo demostraron. Me entregaron en plena manigua un regalo. Un gran regalo. No imaginé cómo se las arreglaron, pero se trataba de un espléndido pudín, ¡hecho sin azúcar y de lo más sabroso!. Habían utilizado plátanos muy maduros para aprovechar el dulzor natural de la fruta, también boniato dulce bien picaditos y pedacitos de yuca. La verdad es que estaban muy sabroso. Yo agradecía aquello en todo su valor<sup>78</sup>.*

Los mambises sustituyeron la carencia de café con otras bebidas: Agua de mono, Cuba libre, Agua de mona, Ponche mambí, Canchánchara, Sambumbia, Frucanga, etc.

---

<sup>74</sup>Sánchez, Juan: «Estampas de tiempos difíciles. Resistencia y Victoria ayer que sirven para el tiempo de hoy», en *Revista Bohemia*, n.º 16, 24 de abril de 1994, p. 12.

<sup>75</sup>JUTÍA: (Voz india). Mamífero roedor de unos cuatro decímetros de largo y figura semejante a la de la rata. Fue uno de los pocos cuadrúpedos que encontraron los españoles en la Isla y que todavía existen en los campos. De los tipos existentes la *Jutía Conga* (*Capromys Furnieri*), es la más grande y más domesticable y presenta un color tirando a ceniciento.

<sup>76</sup>Voz ind. Sinónimo de Serpiente.

<sup>77</sup>Sánchez, Juan: opus cit., p. 12.

<sup>78</sup>Loynaz del Castillo, E.: opus cit., p. 96.

El Agua de mono era el agua de hojas de naranja hervida, Cuba libre es el agua con miel y se convertía en agua mona al diluir la miel en agua caliente con aguardiente. El Ponche mambí se preparaba agregando a la hervidura del Agua mona la raíz del jengibre. La Canchánchara se hacía de igual modo, decocción de la miel en agua hirviendo, poniéndole además hojas de naranja o yerba buena con su poco de aguardiente de caña y agua; si le agregaban algún ají guagua<sup>79</sup> al gusto se convertía en Frucanga.

### **La medicina.**

Igualmente el mambí luchó contra las enfermedades y cuando alguna epidemia le atacó se sobrepuso con voluntad. Descubrió en el bregar por el monte los secretos de la medicina verde, por sí mismo se preparó cocimientos, brebajes, curas y trancó la sangre de las heridas al explorar al máximo la sabiduría popular del campesino y de los negros africanos.

El té de yagruma<sup>80</sup> era bueno para el asma, del estil del corajo se hacía vino y aguardiente para las personas que padecían de estas enfermedades. El agua de las hojas de guanábana fue un expectorante muy eficaz. Del árbol de la sabina<sup>81</sup> obtuvieron varios preparados para diferentes afecciones.

Las hojas y corteza de agueditas<sup>82</sup> hervida con guarapo de caña o miel, sirvió de cocimiento, eficaz para curar fiebres intermitentes. La yagruma<sup>83</sup> y las hojas de güira<sup>84</sup> trituradas e introducidas en las heridas trancó la sangre; el zumo del romerillo fue un rápido cicatrizante, el café molido en abundancia fue un desinfectante para las heridas y con las hojas del tomate, untadas con grasa animal se extraía la secreción acumulada en un tumor.

El trabajo del Cuerpo de Sanidad en los Hospitales mambises ha sido altamente valorado por nuestro pueblo. La creación de ambas dependencias respondió a la preservación y salvación de la salud de los soldados y para cumplir este objetivo improvisaron desde la construcción del hospital hasta la elaboración de los propios medicamentos.

Los hospitales mambises fueron de dos tipos: de sangre y definitivos. División que responde a la ubicación y capacidad del inmueble. Los primeros eran construcciones pequeñas de no más de seis a ocho camas de capacidad, se situaban próximos a las vías de comunicaciones. Los permanentes eran barracas de mayor expansión y mejor equipamiento; se encontraban en lugares inaccesibles, en el centro de los bosques. La ubicación de estos hospitales era función de los jefes militares de las fuerzas locales y su construcción se realizaba próxima a las prefecturas para su abastecimiento.

Llegó una etapa en que no se tuvo gran cantidad de hospitales y los heridos, muchas veces, se curaban con sólo agua y el resto de las enfermedades con poción de corteza de árboles y zumo de plantas. (...) *por las pocas condiciones que ofrecían los hospitales mambises, establecimientos imposibles de mantener, tanto por los pocos elementos con los que se contaba, como por el personal destinado a estos, los enfermos se distribuían provisionalmente entre las familias emigradas a la zona de Cuba Libre*<sup>85</sup>.

Un oficio del Comandante Joaquín Riera, Administrador del Hospital General, ubicado en Jusepe, detalla la situación y necesidades de este establecimiento:

*Carecemos de toda clase de recursos materiales, de medicinas y alimentos, los botiquines se encuentran casi agotados y por falta de los empleados necesarios no nos es posible enviar por reses; así es que la mayoría de los enfermos tienen que salir acosados*

---

<sup>79</sup>Capsicum Mocarum.

<sup>80</sup>Cecropia peltata L.

<sup>81</sup>Juriperus Lucayana Britton.

<sup>82</sup>Pieramnia Pentandri.

<sup>83</sup>Cecropia peltata L.

<sup>84</sup>Criscentia Cujete L.

<sup>85</sup> Archivo Histórico Nacional de España, (AHNE). Fondo Cuba, Serie InsurrecciónAHN. Ibíd., leg. 5839, nº. 26, doc. 18, 1870, Campamento del Realengo, División de Holguín.

por el hambre, más otros antes de curar sus dolencias. Sal y azúcar, artículos tan indispensables aquí son raros. -Nos vimos completamente abandonados- Del Aguacate nos proveíamos anteriormente de carne, no se por qué motivo dejaron de enviarla.

No tenemos ni mulos para convoy, ni sirvientes, pues estos se han fugados por la misma causa que los enfermos.

Indique al C. Intendente General la traslación del Establecimiento a otro punto donde después de reunir las cualidades indispensables de higiene, se nos hiciera fácil conseguir los recursos que aquí faltan y que son de toda imposibilidad adquirir, por encontrarnos aislados, en medio de un bosque espesísimo.

*Empleados de este Hospital:*

Vicente Ignacio Díaz	Médico del Hospital
José Joaquín Landa	Farmacéutico
Juan Bta. Matute	Practicante
Manuel Llana	Practicante

El practicante Antonio Moncada tiene un pequeño hospital en Tempú<sup>96</sup>.

Los médicos y farmacéuticos mambises extrajeron de la flora cubana los sucedáneos para suplir la falta absoluta de productos sanitarios. Las fibras de la guacacoa<sup>97</sup> y la anacahuita<sup>98</sup> le suministraron vendaje. La guacacoa y la flor de la ceiba<sup>99</sup> reemplazaron el algodón y muchas plantas más le fueron convenientes en el suministro de medicamentos.

Un documento que recoge el tratamiento orientado por un facultativo, Dr. Alejo Brossarde, en la Guerra de los Diez Años, puede ejemplificar aún más esta falta de medicamentos:

*Otra* Aceite de sábila tres cucharadas, una botella de aguardiente, azúcar blanca mezclada, puesto tres días en el sol y sereno, luego de administrarse una cucharada por la mañana, otra al medio día y otra por la noche.

*Otra* Ungüento napolitano, 1/2 dracma.  
*Calmante* Belladona, 1 dracma-  
Ungüento Altea, 1/2 Onza.

*Otra* Ungüento populeon, 1/2 onzas.  
*Almorranas* Ungüento de Agallas, 1/2 onzas.  
Morfina, 4 gramos,

*Mezclase bier<sup>90</sup>.*

---

<sup>96</sup>AHNE, *ibíd.*, leg. 4439, n.º. 21, doc. 25, 14 de octubre de 1869, Oficio del Administrador del Hospital General, ubicado en Jasepe, comandante Joaquín Riera, al C. José Rafael Rodríguez, Intendente Interino del Distrito de Cuba, Jiguabo.

<sup>97</sup>Daphnopsis guacacoa Wr.

<sup>98</sup>Sterenlia apeta la (Jacq.

<sup>99</sup>Eriodendro anfractuissum

<sup>90</sup> AHNE, *ibíd.*, leg. 5837, n.º. 29, doc. 27, (s.f.).

El serrucho de carpintero fue un instrumento de cirugía. Con fibras de corajo, majagua o guamá seco, en hebras, encausticadas con cera de abeja o copal, sacaban el hilo para suturar las heridas. Las articulaciones lesionadas las inmovilizaban con tablillas de madera, cubiertas con yagua y amarradas con cabuyas de majagua.

Las Bravo, verdaderas hermanas de la caridad en Holguín, lograron en más de una ocasión ayudar a operar a heridos con una magnífica bolsa de cirugía, cuyos instrumentos se reducían a una tijera de costura y una horquilla de peinado. ¡Y que decir de Mariana Grajales!, ejemplar cubana, al no ser la frase dulce y conmovedora de José Martí: *...no hubo en la guerra mejor curandera. De ella fue el grito aquel: Y si ahora no va a haber mujeres, ¿quién cuidará de los heridos?*<sup>91</sup>.

Aún enfermo fue útil el mambí y ese provecho se puso de manifiesto durante los inoportunos y obligados internamientos por causa de las epidemias y de las heridas producidas en combate. Los «cuarteles de sangre» fueron hospitales y talleres formadores de artesanos. Los soldados, que después de heridos se hallaban imposibilitados a continuar la lucha, vertían sus esfuerzos en los hospitales y predios agrícolas.

Existieron prefecturas en la región oriental del país, como la de Jarahueca Arriba, La Cristina, El Caney y el Ramón de las Yaguas, donde la labor artesanal de los talleres era compartida con el descanso de los enfermos para su mayor rehabilitación.

En los años subsiguientes a la Guerra de Independencia, fue imposible registrar las impresiones del mayor número de sus testigos. Pasajes gloriosos fueron al campo del olvido y otros pasaron al anonimato del pueblo como hecho de un mambí que resume todo lo ocurrido; tal fue el caso del héroe que, aún convaleciente, confeccionó la estrella y escarapela que ganaría en el próximo combate, donde luego murió. De igual modo, el otro que con amor talló un jicarito para obsequiar al hijo que nunca llegó a conocer, entre muchas anécdotas más, que realzan, entre el dolor y el desespero, el alto valor patriótico de nuestros mambises.

#### **La Indumentaria mambisa.**

La insuficiencia de vestuario y calzado en el Ejército Libertador cubano impidió la existencia de una homogeneidad en este sentido de las tropas mambisas. Los soldados y oficiales cuando se levantaron en armas, en mucho de los casos, sólo pudieron llevar a la manigua la indumentaria que tenían puesta, la cual se deterioró por el uso constante.

Por el carácter de la guerra, en diferentes territorios del país, el vestuario y el calzado de los combatientes cubanos se deterioró tanto que en muchas ocasiones las tropas del Ejército Libertador presentaron un estado verdaderamente deprimente.

Dentro de las fuerzas habían compañías de hombres desnudos, cuyos jefes y soldados vestían una camisa de falda larga, confeccionada de saco de yute o un pedazo de tela cruzada, sujeta con una cartuchera. Y al acercarse a los ranchos se adelantaba siempre el primero para avisar a los moradores, diciendo: *si hay mujeres que se escondan que ahí viene la campaña*<sup>92</sup>.

Antonio del Rosal Vazque [sic] de Mondragón, militar español, describió la vestimenta de Salvador Cisneros Betancourt, Presidente de la República en Armas:

*(...) pantalón corto, tan corto, que a penas le cubría medio muslo, se conocía que en sus buenos tiempos había sido largo, sólo que a consecuencia de los dilatados servicios, había ido perdiendo pedazos tras pedazos. Sombrero de yarey, cutaras de yagua y una espuela, completan el traje del Marqués cuyo caballo, galanamente enjaezado con media manta, refrenada con una cuerda de majagua*<sup>93</sup>.

En la Academia de Jimaguayú, fruto del ingenio y la dedicación de Ignacio Agramonte, en la Guerra de los Diez Años, se notó con más fuerza el déficit de estos bienes personales:

---

<sup>91</sup>Martí Pérez, José: opus cit., t. 4, p. 453.

<sup>92</sup>Adán Rodríguez, Eva: *Hojas del recuerdo*. La Habana, Imp. Molina, 1935, p. 21.

<sup>93</sup>Rosal y Vásquez de Mondragón, Antonio: *En la manigua, diario de mi cautiverio*. Madrid, Imp. de Bernardino y Cao, 1876, pp. 141-142.

*Entraban los oficiales, casi todos desnudos, uno con un sombrero de taparrabos, otro con dos cueros de jutía curtidos, un cuero al Norte y el otro por la espalda. O descalzos, o con zapatos de cuero de vaca. El sombrero de yarey, cada uno se lo había hecho con sus manos, o era de yuraguana, que es más suave, o era una gorra de catauro; el cinto para el machete era de majagua, o de cuero de vaca. Dichoso era el que tenía revólver, cuchillo y machete<sup>84</sup>.*

Las fuerzas de Ruenes en Baracoa estuvieron casi desnudas. Los soldados y oficiales del Regimiento Calixto García compartían el sacrificio con sus soldados, usando taparrabos con la insignias que indican su graduación en las bandoleras puestas sobre sus hombros, sin más indumentaria que la piel natural.

José Martí, con su estilo inimitable, ha sido uno de los testigos presenciales de las Guerras de Independencia que más se preocupó por recoger y divulgar estos aspectos de la vida cotidiana del pueblo cubano. En su extensa obra literaria se recoge diversos apuntes que hacen revivir aquellos días, donde la lucha por vencer necesidades hizo de los soldados verdaderos artesanos:

*[A la] Guacacoa le sacaban la 1era. cáscara, la 2da. tiene una majagua, muy esponjosa y tupida. La cocinaban y planchaban, y se hacían sábanas y vestidos.  
De cuero de jutía, 5 ó 6, hacían chaquetas y pantalones.  
En Camagüey hilaban el algodón silvestre, lo tejían y hacían frazadas y sogas<sup>85</sup>.*

En el curso de toda la guerra el vestuario de las fuerzas mambisas fue variando según las circunstancias. Cada cual se puso lo que pudo. Por lo regular tuvo las características de la ropa usada por los hombres que habitaban los campos cubanos, es decir, una holgada chamarreta y un pantalón de dril; siempre portando un grueso cinturón donde colgar la vaina o funda del machete y comodistintivo patriótico una bandera cubana, en el sombrero de yarey.

Peses a las constantes persecuciones de las tropas españolas y el bloque decretado por los Estados Unidos en la Guerra del 95, una mejor organización de las prefecturas y talleres artesanales alivió el déficit de muchas prendas. Aunque no hubo igualdad en el uniforme entre los mambises en esta etapa, todos los oficiales, generalmente, estuvieron correctamente vestidos. Existieron algunos talleres de hiladas y tejedurías rústicas para la fabricación de telas de algodón, pero estos no fueron muy frecuentes en los campos de Cuba Libre. La ropa:

*... (chaquetas y pantalones) se hacen de dril; comprado en los pueblos pequeños por agentes del gobierno.  
La cortan y cosen mujeres campesinas, bajo la dirección de los prefectos locales.  
Llega hecha al campamento y se distribuye, junto con los otros efectos, a los que más la necesitaban y no a quienes mejor le ajuster<sup>86</sup>.*

---

<sup>84</sup>Martí Pérez José: opus cit., t.4, p. 461.

<sup>85</sup>Ibidem, t. 22, p. 214.

En el Museo «Emilio Bacardí», de la ciudad de Santiago de Cuba, se exhibe entre otros objetos de fibras vegetales, un pantalón de guacacoa (Daphnopsis guacacoa Wr.) que perteneció al mambi Ramón Ivonet y fue obtenido en el campamento «La Aguila», en 1875. Guerra de los Diez Años. Esta prenda está hecha toda a mano, con una pareja cadeneta que une las aplicaciones. Presenta pérdida de material y rotura. En una pierna se aprecia una rasgadura perfectamente zurcida, que demuestra no sólo el constante uso dado a este pantalón, sino también la habilidosa mano de la mujer cubana.

<sup>86</sup>Flint, Grovert: *Marchando con Gómez*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 211.

La situación del calzado fue igualmente deprimente para el Ejército Libertador. Las largas caminatas a las que se vieron obligados efectuar los mambises, en mucho de los casos se realizaban «a pie y descalzo» -como relata patriota Ramón Roa en su libro *Pluma y machete*<sup>97</sup>; lacerados por el abrupto terreno y con pocas posibilidades de ser calzados.

Aún así, -y resumo el sentir de varios veteranos de la Guerra del 95, en entrevista realizada por el historiador cubano Niquito Columbie<sup>98</sup>- cuando los pies lastimados e hinchados no podían más, le amarraban dos pedazos de yagua, le envolvían hojas de plátano, malanga o cuero de res sin curtir y continuaban la marcha hasta el final.

Como esta anécdota hay miles de peripecias más en torno al mambí, cargada de preocupaciones por cubrir los pies desnudos. Aquí exponemos otra de ellas: *De piel de vaca sin adobo, cocida con cuerda de majagua, improvisé un calzado que a causa de las moscas que acudían al olorillo de grasa, con poca repugnación hubo de ponérmelo siendo todo preferible a seguir andando con los pies desnudos*<sup>99</sup>.

Para reafirmar aun más esta carencia de calzado transcribimos de *El Diario Perdido*, de Carlos Manuel de Céspedes, un fragmento de las anotaciones correspondiente al martes 10 de febrero de 1874, en San Lorenzo, 17 días antes de haberle dado muerte el Bon de San Quintín: *He hecho poner a las pantuflas q. hicieron en Barajagua, una sobre suela de majagua pa. caminar pr. las lomas y encima de las piedras, como se acostumbra en estas montañas y habiéndolas probado, creo q. me surtieron buen efecto*<sup>100</sup>.

Los insurrectos estrenaron los más diversos modelos de zapatos fabricados por ellos mismos. En la chancleta, cutara, sandalia o alfalaca, existió bastante uniformidad. Fue la chancleta el ejemplar del calzado denominador común entre los miembros de la fuerza cubana. Por lo general se hacían de yagua, aunque se utilizó el cuero. A la yagua según el gusto y consistencia de la cutara o chancleta se le adaptaba otras fibras, como yarey y majagua.

Grover Flint, periodista del *New York Journal*, al referirse a ejemplares de la artesanía mambisa que le fueron suministrados, al visitar las zapaterías ubicadas en la provincia de Camagüey, anota:

*Hacen recias botas de cuero de vaca cerradas con hebillas, que resisten toda una campaña dura y que son bastante cómodas una vez desbravadas. Para los soldados de filas hacen unos zapatos bajos que atan con una correilla larga. Engráselas bien y caminelas varias noches sobre el rocío de la hierba y tomarán las formas del pie de uno y ajustará como una media. El material es grueso y la costura una serie de fuertes y confiables puntadas a mano. Se dice que la zapatería más grande está en Gibara, Oriente, donde treinta obreros trabajan codo con codo cosiendo y cortando*<sup>101</sup>.

En la amplia muestra de ejemplares de la artesanía mambisa que se exhiben en el Museo de la Ciudad de La Habana encontramos un par de zapatos de cuero y fibra vegetal, que pertenecieron a un mambí no identificado de la Guerra de los Diez Años; a pesar de los años transcurridos desde entonces, puede identificarse el cosido, hecho de hebras sacadas de la corteza de una majagua y los tacones clavados con etaquitas de madera.

Antes de concluir con este aspecto de la indumentaria mambisa creemos válido destacar que, terminada la guerra y con posterioridad, en los primeros años de la seudorepública, el calzado del campesino cubano -denominado desde entonces en zonas de la región oriental «zapatos mambises»- no varió en lo

<sup>97</sup>Roa, Ramón: *Pluma y Machete*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969.

<sup>98</sup>Entrevista a varios veteranos de la Guerra del 95". Ensayo inédito cedido por Juan Antonio Columbie (Niquito), Historiador Oficial del municipio Songo-La Maya, provincia de Santiago de Cuba, en Alto Songo, mayo de 1981.

<sup>99</sup>Ibidem., p. 84.

<sup>100</sup>Céspedes, Carlos Manuel de: *El Diario Perdido*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1994, p. 280.

<sup>101</sup>Flint, Grovert: *Marchando con Gómez*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 211.

absoluto del fabricado en los años de máxima carencia del pueblo cubano. Junto a las alpargatas de origen español, tan favorable al clima tropical, se generalizó el uso de las cutaras de yagua, con cuerdas de majagua y las chancletas de cuero de res; convirtiéndose, lo que en su momento fue alternativa para suplir escaseces, en moda, altamente asumida y extendida por los extranjeros de visita en la isla. Este mismo fenómeno sucedió con otras prendas del vestir y con enseres de producción artesanal que entraremos a analizar de inmediato.

#### **Otros enseres o atuendo guerrilleros.**

Como ya se ha venido reiterando desde páginas anteriores, dentro del Ejército Libertador gozó de gran variedad la producción de pertrechos personales. La adaptación al medio ambiente, la constante explotación de la naturaleza y las variadas formas creativas empleadas en la fabricación de bienes, le fueron incorporando a la vida del mambí determinados objetos y un amplio muestrario de utilajes que luego nos han servido para identificarlos y caracterizarlos.

En la manigua, unido a la hazaña de ser ejemplar soldado, otro complemento para valer como auténtico mambí era crear por sí mismo los enseres necesarios para suplir la escasez y encarar la lucha armada.

La revolución acercó, compenetró y fundió de una vez y para siempre los ideales independendistas de nuestro pueblo. El artesano dejó en nuestras Guerras de Independencia, junto con su sangre, la muestra de su valioso aporte. Estas iniciativas populares en manos de los soldados fueron de extraordinario provecho para el abastecimiento y la atención a la fuerza insurrecta, en la que cada batallón, por sus propios medios debía de autoabastecerse.

Por la excesiva necesidad y la elevada conciencia, de absoluta racionalidad, que cada soldado fue formando ante las carencias materiales vividas a diario, en el campo de la insurrección nada se desperdiciaba y de todo se sacaba el máximo de provecho. La falta continua de los medios indispensables para la vida, despertaba en los mambises habilidades; con crines de caballo se rehacían los cepillos de dientes y hasta se utilizó como hilo para remendar ropa, de los rabos de las jutías se hacían dedales, de los huesos de animales y corteza de coco botones. En ausencia de monturas, además de la yagua, se montaba en aparejos de hojas de plátano. Para tejidos de sombreros y petacas el yarey era muy apreciado. Con fibras de corajo hacían cabuyas y de las pencas sacaban el hilo o pita, que preparado, seco, y en hembras les valía para coser la ropa. De la corteza filamentososa de majagua y guamá verde, a base de golpes, desprendían las fibras, que a lo largo se torcían, formando sogas, cuerdas e hilos de mayor durabilidad y uso. Así como de la cónica espina de ayúa<sup>102</sup> inventaron auténticos cuños para documentos<sup>103</sup>.

Las jícaras han sido las vasijas más usadas por los habitantes del campo cubano a través de los siglos. Su manufactura, aunque diseminada por toda la isla proliferaron en la región oriental y tienen un importante significado en la vida de la población rural; su utilidad, salida del universo productor del campesinado, se generalizó aún más en el período de las Guerras (1868-1898), convirtiéndose en uno de los elementos más característicos de la artesanía creada por el soldado mambí en la manigua.

Estos recipientes se crearon a partir del raspado de la película exterior de los diversos tipos de güiras, transformando la corteza en blancuzca y dura. La güira cimarrona<sup>104</sup> sirvió así mismo en la fabricación de diferentes formas de vasijas, cucharas, platos y recipientes para almacenar (cantimploras, cubos, orinales, etc.). Algunas muy grandes se emplearon hasta de bateas y si se rajaban se podían remendar tan bien que seguían utilizándose para contener agua. Los güiros machos<sup>105</sup> además de aprovecharse en instrumento de música, por su figura de garrafa sirve de igual modo de vasija para cargar agua y hacer jiguera o jícaras grandes.

---

<sup>102</sup>Zanthoxylum martinicense.

<sup>103</sup>El museo «Emilio Bacardí» de Santiago de Cuba atesora algunas de estas muestras de cuños de ayúa. Se destacan, por el grabado de los dibujos: el que perteneció al Gobierno Civil del Estado de Oriente, utilizado por el General Bartolomé Maasó, en 1895; el de la Casa de Posta de Aguacate y el cuño del Departamento de Hacienda del Estado de Oriente. En todos resalta la exuberante vegetación, el escudo y la bandera cubana.

<sup>104</sup>Crescentia curcubina.

<sup>105</sup>Lagenaria clavate, Seringe.

La habilidad de las manos artesanas transformaron a las güiras en objetos de gran utilidad y belleza. La decoración se trabajaba sin bosquejo previo, se grababa a base de incisiones, dando con un cuchillo y al fuego la tonalidad deseada. Se hicieron engastaciones en plata y oro. Los diseños variados, desde amarillo, marrones muy claros, hasta casi negro. Las hojas del maguey, bien restregadas, solucionaron el tinte y la cera sirvió como patina pulidora.

De la nuez de coco se hicieron tazas y copas con variados diseños y lustrosas texturas. También de la madera, bambú, cuero y cuerno de res se inventaron vasos y jarros del mejor acabado y con los más variados diseños.

Los recipientes logrados con los tarros de las reses, más que el valor utilitario que les dieron origen, realzan el valor artístico; las propiedades del tarro: material recio, color degradado, brillantez y durabilidad, le permitieron a los tallistas mambises lograr un mejor acabado en las piezas.

Aunque los temas varían, la decoración del conjunto de estos recipientes es marcadamente patriótica; evocando nuestros símbolos patrios, cargada de consignas revolucionarias, motivos vegetales o imitando la figura humana. Al conjunto de estas muestras podríamos llamarles -para la mejor comprensión de las ideas de sus protagonistas- decoración autobiográfica o anecdótica, por responder en contenido a la transmisión de los quehaceres cotidianos del mambí o a un hecho específico de la historia. Contemplando estos motivos comprendemos, no sólo lo trabajoso que resultó su realización recurriendo al mínimo de herramientas, sino también el intrínseco patriotismo y el sentimiento de cubanía que revela el conjunto de los detalles<sup>106</sup>.

Difícil era encontrar a un soldado que no portara en su atuendo guerrero un «jicarito». Este recipiente se convirtió en un objeto preciado, conservador de los sentimientos más puros de amor y patriotismo del mambí.

Una de las cartas del General Francisco Estrada y Céspedes, en su carácter absolutamente íntimo y familiar, da respuesta a la anterior apreciación, cuando en uno de los párrafos le expresa a su amada: *Ya tendrás en tu poder un jicarito que llevó para nuestro querido Panchín el Comandante Luis Bejalde... Este jicarito fue arreglado por el amigo Rafael Caimari. Llévase a su mamá y hermanos para que lo vean*<sup>107</sup>.

Igualmente la yagua, cuero o corteza que cubre la parte superior de la Palma Real, adherida por su base a la penca, le facilitó al mambí diversos usos. La propiedad de consistencia, elasticidad, impermeabilidad y la abundancia de esta fibra en los campos de Cuba, permitieron a los insurrectos ejercer una descomunal explotación de esta materia vegetal.

Para preparar a lo alto de las palmas y cortar las yaguas los asistentes poseían gran habilidad. En las marchas de las tropas la aparición de una yagua era bienvenida por los mambises y puesta a suplir determinadas carencias individuales. En ocasiones las yaguas sirvieron de vasijas, cucharas y platos. En ausencia de cacerolas y Calderos, las fajas de yagua se emplearon en calidad de protectores o envolturas para cocer los alimentos.

La adopción y confección del primitivo catauro<sup>108</sup> se convirtió en una constante de las tres guerras independentista, generalizada en todos los campamentos mambises y hasta útil a las tropas españolas en campaña. Asimismo, a manera de aparejos, las yaguas se emplearon en sustitución de monturas; en la confección de sombreros, sandalias y alfalacas, como pudo leerse más arriba. De improvisada capa de agua, de camillas para recoger cadáveres en medio del combate; en la construcción de bohíos, muebles y hasta para suplir la falta de papel.

Los mambises forraban el tabaco con papel y cuando por la poquedad se notó la ausencia, recurrieron a las hojas de maíz y a las películas o capas superiores de la yagua, en las cuales escribieron algunas órdenes.

---

<sup>106</sup>En tres de los museos cubanos: Histórico de la Ciudad de La Habana, Provincial «Ignacio Agramonte» de Camagüey, así como en el Polivalente «Emilio Bacardí», de Santiago de Cuba, se conservan las colecciones más numerosas e importante de jícaras mambises. Estos objetos destacan la amplia riqueza ornamental y el alto perfeccionamiento que muestran los diferentes detalles.

<sup>107</sup>Estrada y Céspedes, Francisco: *Cartas familiares*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1987, p. 73.

<sup>108</sup>Voz indígena. Especie de caja o tablero rústico, hecho de yagua y un pequeño cuje de madera que le sirve de agarradera. Envase por excelencia del campesinado cubano para transportar distintos productos (frutas, viandas, hortalizas, dulces, etc...).

Los redactores del periódico mambí *El Cubano Libre*, se vieron precisados a utilizar las fibras de yagua en sustitución del papel. El patriota puertorriqueño Modesto A. Tirado<sup>109</sup> relata el gesto curioso de Mariano Corona, director de ese periódico, cuando hizo imprimir para el corresponsal George E. Prince, del *Times Democray* de New Orleans, una tarjeta en papel de yagua, con el nombre del periodista norteamericano y la fecha de su visita al taller de la imprenta en Cayo Mambí.

Salvador Cisneros Betancourt, Presidente de la República en Armas, escribió e imprimió en fibras de papel de yagua, una sencilla décima que circuló entre las tropas mambisas y que ha llegado hasta nuestros días:

*Desde el humilde rincón.  
Donde reside ¡Oh! Corina  
entre selvas y colinas  
por tí late el corazón.  
Al hacer esta inspiración  
en lindo papel de yagua  
por tí enciendo la fragua  
y el pecho en ardiente pira  
y recuerdo en mis guajiras  
las indias en sus piraguas<sup>110</sup>.*

Los mambises fueron celosos guardianes de la conservación de sus atavíos; sintieron por el cuidado de sus pertenencias la misma fuerza con que amaron y defendieron a la patria. Los bienes logrados en el curso de la guerra no solo le fueron relicarios durante el tiempo que duró la contienda, sino que también los conservaron de por vida.

A la mochila, nombrada en tierra dentro macuto, la Revolución bautizó con el nombre de jolongo y al igual que al Managüi<sup>111</sup> los insurrectos le tenían gran amor.

El jolongo es un saco de grandes proporciones, más largo que ancho, usado por los mambises para llevar en él sus provisiones, recado y exiguo equipaje. En su confección se utiliza diferentes fibras vegetales: palma, yagua y yarey, que son tejidas por la técnica del cicloide,<sup>112</sup> o también se hacen de tela gruesa.

Se carga y ajusta perfectamente a la espalda por dos correas, que, partiendo de sus lados superiores e inferiores, se cruzan en el pecho, pasando por debajo de los brazos, de manera que no quita libertad al movimiento. El soldado usaba perfectamente de su arma, sin que por eso lo impidiera el volumen del saco.

El jolongoero<sup>113</sup> le tenía a su saco más apego que a su vida. No hubo uno que lo arrojara, a pesar de verse perseguido muy de cerca por el enemigo. Cuenta el Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica, de una ocasión en que el Mayor General Antonio Maceo y Grajales, en una escapada, le gritó a uno de sus soldados que soltara el jolongo, porque lo iban a matar y el interesado le contestó:

*-Pero, General, sin jolongo, ¿para qué quiero yo la vida?*

Y al concluir la anécdota, el Teniente Coronel Rosell y Malpica anota:

---

<sup>109</sup>Tirado Modesto, A.: *Apuntes de un Corresponsal*. La Habana, Imp. Molina y Compañía, 1942, vol. I, p. 68.

<sup>110</sup>Labrada Rodríguez, Eduardo: *Apuntes de un Corresponsal*. La Habana, Imp. Molina y Compañía, 1942, vol. I, p. 68.

<sup>111</sup>Voz indígena. Armazón para cargar y transportar en caballería. Hecho de bejuco o palos corvos, con dos aros amarrados con ariques de yagua o cuerdas de majagua. Es aplicable también a cualquier carga de aquella clase y sus avíos. Véase Jolongo y Angarilla.

<sup>112</sup>Técnica de tejido de cestería usada por el campesinado. Su ejecución rueda sobre una línea de forma de curva descrita por un punto de una circunscrición.

<sup>113</sup>Nombre que fue dado a los mambises que cargaban el Jolongo, especialmente a los negros recién libertos y a los asiáticos que servían como ayudantes de los altos oficiales.

*En parte me lo explico, porque el jolongo, es el almacén del cubano, en él carga la ropa y la ración, lo que le han dado y lo que ha podido raquear*<sup>14</sup>.

Difícil era encontrar a un mambí desprovisto de su saco. El jolongo fue prenda indispensable a la hora de confeccionar el botín de guerra, reconocido como el espacio reservado para almacenar objetos preciados. En él se tenía lo mucho y lo poco, lo aprovechable y lo infructuoso, lo deseable y también como carga constante lo indeseable del soldado.

Relatos varios que distinguen a los diferentes tipos de jolongos, la labor desafortunada de los jolongueros y las tantas peripecias causadas por este inseparable atuendo del mambí, pueden leerse en los diferentes diarios y memorias que se agrupan en la amplia bibliografía de las Guerras de Independencia de Cuba, tanto en la historiografía cubana, como en la española.

Como ha podido apreciarse, la creación artesanal durante el período de la Guerra de Independencia de Cuba fue fruto de todo un pueblo. Lo recogido en estas páginas no se circunscribe al producto específico de localidades o una región determinada. Cada provincia, con sus peculiaridades, aportó a la industria artesanal cubana todo cuanto pudo. Existieron producciones que se generalizaron y otras que fueron características de un territorio en específico. El constante movimiento de las fuerzas libertadoras, el jolongo y el managüi, como prendas inseparables del mambí, fueron medios de transporte contenedores, no solo del atuendo guerrero, sino también de misceláneas y reliquias.

#### **A modo de conclusiones.**

Por razones históricas y económicas muy definidas, como se ha podido leer en este estudio, la artesanía tradicional cubana no alcanzó -salvo excepciones- un grado de desarrollo comparativo con otros países de iberoamérica, donde la diversidad etnocultural y los variados niveles de desarrollo económicos, logrados por muchos de los grupos autóctonos antes de la llegada de los europeos, generó expresiones artesanales y artísticas altamente desarrolladas tanto desde el punto de vista teórico como estético. Aún así, y es más que evidente, las artesanías en Cuba poseen peculiaridades propias que las diferencian del resto de los países del continente americano, no solo en la tipología de los productos, sino incluso en la propia forma en que se organiza la producción, al no existir ese trabajo de comunidades y pueblos dedicados enteramente a la creación artesanal.

El desarrollo artesanal cubano se ha concentrado, prácticamente, en zonas rurales y entre los campesinos poco existió la especialización; han creado una artesanía utilitaria, de subsistencia, que cubre las necesidades del momento, debiéndose su transmisión básicamente a la tradición familiar y al aprendizaje forzado que impone la propia necesidad de escasez de bienes materiales imprescindibles para vivir. Por su parte, la Artesanía Mambisa será, en gran medida, una adopción del arte popular desarrollado por la población campesina, durante toda la etapa de dominación colonial; donde se sintetizarán, desde los aportes que han trascendido de nuestros primogénitos habitantes, hasta la herencia de los conquistadores/colonizadores y la significativa presencia de la cultura africana en Cuba.

Esta artesanía creada por los mambises, como desafío a las limitantes propias de la guerra, es una relación clara y palpable de la expresión del hombre con los valores ideológicos, formativos y de identidad nacional; sus matices han sido tan diversos y variados, como lo fue también el estandarte de la vida del pueblo cubano en los 30 años que duró la contienda. En esta producción predominó el valor de uso, por sobre sus posibles valoraciones plásticas y lo utilitario se sobrepone a cualquier concepción de índole artístico; en sí, la artesanía mambisa es ejemplo de racionalidad en el uso de los recursos y en las diferentes inventivas para suplir necesidades.

Donde hubo un mambí existió necesidad y esta realidad fue suplida con el empuje de la originalidad. Esta verdad en vez de redimirle nos hace engrandecerles, llamarles justamente héroes; porque en circunstancias difíciles y condiciones deprimentes mantenerse y luchar por un ideal, venciendo adversidades, transformando cuanto se puede, es proeza de héroes y titanes. Este es el digno legado de los mambises a la posteridad de cubanos: la intrépida valentía.

---

<sup>14</sup>Rosell y Malpica, Eduardo: *Diario del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica (1897-1898)*. La Habana, Imp. S-XX, t. 2, p. 21.